



©MEMORIA QUE RESISTE

©MEMORIA QUE RESISTE

Memoria histórica de un territorio vulnerado.
Contado por mujeres en la Comuna de Puerto Octay

Recopilación: Jacqueline Lagos Maragaño



© ***Memoria que resiste***

Recopilación: Jacqueline Lagos Maragaño
jackielagos@gmail.com

© **Ediciones Una Temporada en Isla Negra**

Mayo 2017

Publicación financiada mediante un proyecto FNDR 2% Cultura 2016.
Región de Los Lagos en la Comuna de Puerto Octay, Provincia de Osorno.
Ejecutado por ONG El Canelo de Nos. '

Coordinación Editorial: Mario Barahona Saldías

Diseño de Portada: Cristóbal Sandoval Lagos

Colaboración Especial: Bernardita Vargas
Patricia Alvarez Paredes
Denisse Endress Bórquez
Cristina Aron Jeréz
Rosa Nahuelpan Delgado

Fotografías: Tatiana Torres Vargas

Para citar textos de esta publicación se debe mencionar siempre la fuente.
Entendiéndose por derechos reservados la protección y el respeto a los
testimonios y expresión de las entrevistadas.

I.S.B.N.: 978-956-9189-40-1

Hecho a mano

*“Las mujeres reclaman, como nunca en la historia,
su derecho a ser protagonistas de su vida
y protagonistas de la marcha de sus comunidades.”*

Michelle Bachelet Jeria

Índice

Agradecimientos_____	9
Introducción_____	11
Campo Herido_____	15
Sin reflexión no hay transformación_____	17
Erna Águila Hernández_____	21
Ana Brígida Ortega Molina_____	35
Bernardita Vargas Ortega_____	46
Noraliza Grandón Soto_____	51
Marina del Carmen Torres Torres_____	69
Acerca de la Sr. Marina del Carmen_____	88
Sin Memoria no hay reparación_____	91
Breve Diccionario_____	95
Consideraciones finales_____	97
Definiciones Anexas_____	105
Bibliografía_____	107

Agradecimientos

A cuatro abuelas: Erna, Noraliza, Ana y Marina, que nos abrieron las puertas de su casa, de su memoria y de su corazón, gracias. Gracias por enseñarnos a perder el miedo de mostrar lo que se pretende olvidar: Su verdad.

A Patricia, Cristina, Rosita, Bernardita y Tatiana, por su generosidad y colaboración de poner vuestro arte a disposición de este proyecto. Muchas Gracias.

A Denisse, por su amistad a toda prueba y, a través de ella, agradecer especialmente a la ONG El Canelo de Nos por el honor y confianza depositada en esta mujer que escribe, la que ha constatado en la escucha del relato el espíritu indómito que mantiene a las mujeres que sostienen estas páginas.

Agradecer desde la esperanza a todas y todos los que aun abrazan y creen en la memoria y la justicia.

Jacqueline Lagos Maragaño
Recopiladora

Introducción

Los relatos recopilados oralmente en Rupanco, *Memoria que resiste*, son la ventana abierta al dolor guardado y al quiebre de un sueño colectivo de más de 800 familias que se agruparon en torno a la reforma agraria impulsada en la década de los sesenta. Son el testimonio valiente —contado en primera persona— por cuatro mujeres que al día de hoy mantienen su lucha y sus convicciones de una sociedad más justa y solidaria, a pesar del tiempo pasado, de los golpes recibidos y de la grotesca asimetría de poder a la cual aún se enfrentan.

Estos relatos tienen la virtud de reconstruir un pasado a veces olvidado y tantas otras negado. Es un registro que se materializa a través de la historia narrada por sus protagonistas, con su tremenda carga de emociones que logran transmitir a cabalidad todo el dolor, sacrificio y luchas vividas por ellas.

Lo anterior refleja la historia de un territorio sujeto a violentos eventos sociales, políticos y económicos sostenidos en el tiempo por décadas. Es una memoria que se conforma y es atravesada por procesos de colonización, asentamientos, transformaciones sociales, conflictos, abusos y sueños de crecimiento y desarrollo compartidos colectivamente. Una memoria que abrazó la esperanza de un trabajo asociativo y so-

lidario, con la alegría de un comienzo renovado fruto del quiebre de las estructuras tradicionales de dominación en los campos Chilenos.

“La Reforma Agraria fue sin duda el proceso más importante y transformador por el que haya pasado el sector rural en Chile durante el siglo XX. Su promulgación como ley y posterior aplicación práctica, llevó a la transformación radical de la estructura campesina existente hasta ese momento al eliminar el sistema tradicional latifundista imperante en el campo chileno. Por otra parte y en forma conjunta con la ley de Reforma Agraria, se promulgó la ley de Sindicalización Campesina que, entre otras cosas, permitió la transformación de las relaciones sociales de campesinos y campesinas, que adquieren un nuevo rol, pasando de ser inquilinos, peones y/o medieros, a campesinos organizados y con conciencia de su valor político, social y económico.”

“Es precisamente en este marco de transformaciones donde surge —bajo el gobierno del presidente Eduardo Frei Montalva—, la Cooperativa de Reforma Agraria Asignataria Rupanco Limitada. Esta cooperativa funcionó durante siete años como una organización económico-social, caracterizada por fuertes lazos entre los cooperados y por una clara visión de desarrollo.”

“Es en el año 1970 cuando la Cooperativa de Reforma Agraria Asignataria Rupanco Ltda., se constituye formalmente con 850 socios fundadores y con un domi-

nio sobre más de 47.000 hectáreas. El mismo año, se les hizo entrega de los títulos de dominios a los socios, poniendo fin al trabajo de inquilinaje e iniciando un camino de esperanza y unidad para sus familias donde se verificó un trabajo con muy buenos resultados e indicadores económicos, llegando a crear una lechería, una posta, consultorios, almacén y una compañía de bomberos. Además del aumento sostenido de los beneficios e insumos para los cooperados y sus familias, producto del trabajo asociativo y colaborativo allí desarrollado.”

*“Con la llegada de la Dictadura, su poder militar y sus contra reformas, se intervino la Cooperativa Rupanco despojando a los cooperados de sus producciones y ganado, además de las permanentes amenazas, persecuciones y amedrentamientos que sufrieron, sin contar las detenciones y desaparición de algunos de sus socios, todo ello con el fin de desarticular y debilitar la fuerza de la cooperativa. Ello es el comienzo del fin de la Cooperativa Rupanco en manos de la dictadura y el modelo capitalista que se implementaba, entregándose las tierras a manos privadas y disolviéndose definitivamente la Cooperativa a través de un decreto de ley el año 1977.”***

** Angulo, V. 2010. *Cooperativa de Reforma Agraria Asignataria Rupanco Limitada: una historia oral. Entrega, consolidación y disolución 1970-1977*. Tesis. Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Esta *Memoria que resiste* y se resiste a desaparecer, contada por cuatro mujeres que plasman con sus palabras y vivencias este libro, pretende visibilizar una historia reciente de abusos, violencia, engaños y humillaciones, así como el sufrimiento del despojo de sus tierras que las vieron nacer, crecer y desarrollarse, situándolas hasta el día de hoy frente a un futuro incierto.

Memoria que resiste, son historias vivenciales que en su conjunto dan forma a una historia común, con una carga emocional que en cada relato traspasa y supera las hojas de este libro. Hoy, aún se vive el miedo y la incertidumbre de aquellas mujeres que aún permanecen en sus casas, en una hacienda donde pareciera que la vigilancia y el amedrentamiento es permanente compañía.

Como Canelo de Nos, en su misión de contribuir a la construcción de una sociedad más sustentable, democrática y justa, ponemos en sus manos las voces de estas mujeres, en una memoria que aún resiste y que forma parte de nuestra historia, territorial y nacional.

Denisse Endress Bórquez
Canelo de Nos - Osorno
Mayo 2017

Campo herido

Campo verde deseoso de río, arroyo palpitante
Como mi casa blanca llena de canto sincero
Con ovejas, vacas y gansos, el caballo Muchacho,
/la alegría de su amo.
Aves que trinan llamando con dulzura fresca
/de mujer.
La sonrisa del sol, el viento de la arboleda
/la música campestre
Y la carreta con bueyes que polvorienta viene
/por la senda de la pampa
Como regalo al esfuerzo del hombre de campo.

Invierno tormentoso y friolento
Días confusos para el hombre
Cuando llegaron crueles y macabros
A destruir todo con fieras metálicas, ruidosas
Y rasgaron mi casa adornada.

En el cielo vestido de luto
Las estrellas trizaban su mirada
Las montañas lloraban de tristeza
Y las piedras gritaban de dolor
Ante el saqueo del invasor extranjero y carroñero.

Me rebelo: Ya no hay derechos
Para el hombre del campo
En medio del desalojo
De la tierra asignada democráticamente.

En esta batahola huracanada
El cielo abrirá sus alas de esperanza
Algunos pajarillos que cantan callados,
/volverán a anidarse
Desplegarán sus abanicos heridos
/en tierras cercanas
Consuelo refrescante zanjado con huellas marcadas.

Bernardita Vargas Ortega
Rupanco. Puerto Octay

Sin reflexión no hay transformación

Julieta Kirwood dice: *Hay una historia no conocida ni reconocida de la mujer en Chile que se la percibe cuando sale a la luz en forma de crisis, de expresiones irruptivas de un proceso no aclarado y no develado, incluso para aquellos que lo han vivido en su generabilidad.*

Cuando hilamos este proyecto: *Memoria histórica de un territorio vulnerado relatado por mujeres en la comuna de Puerto Octay*, nos propusimos visibilizar memorias vivas de la resistencia, esas del diario vivir, de las trabajadoras silenciosas de una Cooperativa que sembró esperanzas y tejió de sueños a una comunidad. Imaginé la hermosa oportunidad de identificar el coraje de cada una de ellas —cuatro abuelas—, que nos compartieron algo de sus frutos y de su enorme capacidad de resiliencia.

Me siento honrada de haber sintonizado con su recordar matizado de alegrías y tristezas, de la dignidad que conservan intacta, a pesar de la humillación que sintieron al verse despojadas de su origen. Todas coinciden en que la fuerza que anidan y las mantiene vivas, son la fe y el amor que sienten por sus familias.

Es necesario que estos testimonios se perciban como resultado de la memoria de mujeres sobrevivientes a una sociedad territorial, patriarcal y neoliberal que engañosamente sigue adelante, sin detenerse a meditar en lo urgente e indispensable que es remover sensibilidades, por ética, moral o sencilla humanidad.

Queda entonces la responsabilidad de visibilizar, evidenciar, reformular nuevas relaciones, desarrollar diálogos más transparentes, extirpando conductas coercitivas y agresivas. Los relatos que fui recogiendo mostraron la violencia estructural reproducida por las vías de la discriminación económica y social. Un correlato indiscutible de agravios. No se puede disimular cuando se siente que hay una transgresión a la libertad cotidiana, siendo observadas por cámaras de vigilancia o la falta de voluntad para acceder a bienes básicos como la energía eléctrica —por ejemplo—, amparándose en la “propiedad privada”, dogma sagrado e incuestionable de este sistema.

Afortunadamente hay actores sociales como la ONG El Canelo de Nos, que siempre han estado conscientes de lo que significa el cuidado, protección y promoción de los derechos humanos. Me permito citar la editorial “Sociedad Neoliberal y Sociedad Ecológica” de revista El Canelo, mayo del año 1992, donde su actual Director Francisco Vio manifiesta su preocupación por: *formas solidarias de producción... Nosotros creemos que hay otras alternativas —dice—. Lo que existe hoy nos parece en muchos sentidos, un camino paradójico y contradictorio. No es posible desde el individualismo proponer la solidaridad, ni desde el pragmatismo a ultranza preocuparse de utopías. Hoy, antes y después, lo decimos: creemos que es posible plantearse explícitamente por una sociedad ecológica donde prime otro tipo de relaciones entre las personas, de colaboración y en pos de un mundo mejor con la naturaleza. Donde quepa el desarrollo local, la preo-*

cupación de las minorías étnicas, el desarrollo personal, la mujer, los jóvenes, la creatividad, la democracia participativa, la no violencia, la educación popular, los derechos humanos, entre alguno de los ámbitos de un movimiento alternativo. Una sociedad ecológica donde haya relaciones horizontales y no verticales, holísticas, en donde nos sintamos parte de nuestro hábitat y no dueños de él.

A pesar de los años transcurridos, no podemos dejar de decir que concordamos plenamente con Francisco Vio, estamos comenzando el año 2017 y nos parece una obligación que nos compete a todos y todas quienes estamos ligados al devenir de una deconstrucción social, que no es posible seguir legitimando la violencia aberrante de un pasado que pareciera sigue incrustado en la estructura de una “cultura-social-capitalista-individualista”. Eso que nos hace sentir muchas veces, Inhumanos.

He constatado el silencio y el miedo, el aislamiento. La vulneración del linaje matriz ancestral, su cuerpo, su espíritu. La dignidad de un pueblo-familia, ilegítimada. Una memoria que pide justicia. Por eso hemos querido reconstruir de alguna manera este espacio, estas huellas y dejarlo para el no olvido.

Sentí mujeres frágiles pero, a su vez, irreductibles a la falta de respeto colonizador que se entrama y avanza, pero que no ha debilitado la resistencia. Una lucha política de la tierra que se niega al saqueo y la usurpación. Mujeres sujetas a su historia a pesar de la lógica del poder y la subordinación.

La falta de eficacia en la reparación hace que las mujeres víctimas del desarraigo alienten la desesperanza y el silencio. El sentido de mi empatía hace que como mujer que alienta la circularidad, conceptúe la importancia de la mujer y la tierra como un todo.

Las mujeres estamos rompiendo estructuras rígidas y, como La Tierra, nos duele la fragmentación a la que está siendo sometida por la invasión de “compañías productivas” asentadas sobre la dignidad de las personas. Reconvengamos que la desatención a estos actos de desalojos, han sido perpetrados y tolerados por el miserable sistema actual imperante.

Desde mi quehacer vivencial, agradezco el haber tenido el privilegio de abrir memorias vivas revolucionarias, abuelas que nos invitan a continuar haciendo de los problemas inquietantes un desafío permanente. Nuestras abuelas son indudablemente agentes morales y políticas, son nuestro sentido de pertenencia a la comunidad de la cual todas y todos somos interdependientes. En ellas está el hilo del origen. Recuperemos el ritual, vayámonos acostumbrando a las banderas y a las rukas...

No es posible leer la historia de “La Ex Hacienda Ñuble Rupanco” sin el testimonio de estas abuelas y seguir como si nada.

Yo creo en eso.

Jacqueline Lagos Maragaño
Escritora, en Osorno, 4 de abril del 2017.



Erna Águila Hernández

Golpeada es la vida

Golpeada es la vida y duele pensarlo
Son muchas mujeres lamentando
Mal ejemplo en Rupanco
Motosierras y llanto de niños
Golpeada sí, lo digo con certeza
Fue mujer y familia mal destinada
Despojada y sin derecho a defensa
Los botaron en una plaza de Osorno
Desalojo indigno
Que vivió Erna y los suyos
Mientras las noches frías devoran sus hijos
La tiranía hace festín.
A golpes la vida, al corazón mutila
Sin razón que calme en el alma el dolor
Ni borrar esas marcas de fuego dormidas
Que despiertan sin calma y nos hacen temblar
Erna, trabajadora sufrida, se estremece al recordar
Aquellos golpes grises de la vida
Y las luchas grabadas en papel y en el alma
Compartiendo el dolor de las desalojadas de Rupanco.

Bernardita Vargas Ortega
Rupanco. Puerto Octay

Erna Águila Hernández

*Siempre estaré agradecida
de la gente que nos llevó comida
cuando estuvimos en la calle...*

A la señora Erna Águila la entrevistamos un martes por la mañana. Vive en Osorno, trabaja como maestra de cocina y nos recibió en su casa aquel día por la mañana. Notamos que el lugar donde vive actualmente alberga otra casa en la parte trasera, no es necesario preguntar, ahí viven sus hijos y sus nietos. La notamos cansada...

No he dejado de trabajar desde que me vine a Osorno —nos dice de entrada—. Las estaba esperando —dice.

Señora Erna cuéntenos cómo fue su vida allá en Rupanco, cómo vivió el desalojo... Lo que usted quiera compartir.

Nací un siete de junio del año mil novecientos cuarenta y cuatro, en el sector de Las Quemadas. Llegué a Rupanco a trabajar al centro comunitario que había allí. Hacían cursos, era un chalet grande, llegaban niños a estudiar. Estaba eso de la Reforma Agraria, por eso hacían cursos de capacitación campesina. Después eso pasó a Cooperativa. Ahí estuve trabajando

igual, en un taller de costuras y tejido a máquina.

Unos veinticinco años tendría yo cuando me fui a trabajar. Allá conocí a mi esposo. Él es nacido y criado allá. Vivíamos en la Administración de la Hacienda Ñuble Rupanco que le decían. Él trabajaba de sereno, antes estuvo en carnicería y cuando eso se vino abajo, se fue a trabajar de sereno.

La gente iba a “sacar cosas”, entonces un día él hizo parar a un camión lechero... Y lo cortaron de la pega. Tuve cuatro hijos, dos míos y dos de mi esposo. Él trabajaba para la Cooperativa. Tuvimos bien hasta que nos persiguieron porque, según ellos, éramos “políticos”.

Dos hectáreas nos pasaban para trabajar y casa. Pero nunca fuimos eso que decían, nosotros estuvimos allí como catorce años. Vivíamos en la Central, ese camino recto que hay, una casa roja grande con corredor, mis hijos nacieron ahí. Venían al colegio a Osorno porque tenían bus. En la Cooperativa nos trataban bien hasta que intervino el Gobierno Militar, “Pinocho”, y ya no quedó nada de aquello. Después tuvimos que venirnos para Osorno porque nos echaron, fuimos los primeros despojados. Después cortaron con eso porque no tuvieron éxito. La gente quería que volviéramos, nosotros no quisimos.

Cuando dice señora Erna que los echaron “por políticos”, ¿a qué se refiere?

No sé cómo decirle... Que éramos comunistas, unos terroristas. No nos dejaban trabajar, lo hacíamos por el mínimo: mil quinientos pesos quincenales. Entre los

dos juntábamos tres mil pesos. Imagínese, con eso teníamos que mantenernos. Todo cambió. Las regalías que teníamos, por ejemplo, al final del año de lo ganado se repartían entre los socios: Trigo, papas, una vaquilla si era carne. Bueno, después ya no.

Mi esposo trabajó para ellos, los que llegaron, ¡ay señor! Ya no me acuerdo cómo se llamaban ahí, han pasado tantos dueños.

De aquel día me acuerdo: Llegó un camión arrendado por ellos, con gente pagada por ellos, sacando cosas sin preguntar, pero los que nos echaron de allá fueron los carabineros de Puerto Octay. Llegó uno enyesado todavía, estaba con licencia, el gobierno los mandó, los milicos. Llegaron todos armados, nosotros sin nada, era como a las once de la mañana y yo estaba haciendo aseo. Llegaron patiendo la puerta pa’ que le abran. Yo no les abría hasta que llegara mi esposo que estaba trabajando. Me patían la puerta, yo estaba con mi mamá y mis nietecitos chicos de mi hija mayor, llegaron ellos a ayudarnos... Mi hija tenía trece años, la fueron a buscar al colegio, no la dejaban pasar, ella les hizo un lado las carabinas y entró. Yo estaba desesperá, le pedía a mi Dios que no nos dejara desamparados. Bueno, así ha sido hasta ahora. Siempre nos protege.

La gente afuera diciendo que no nos saquen. Igual nos sacaron.

Si nosotros nos hubiéramos negado a salir, nos habrían disparado, estoy segura. Aunque la gente afuera les gritaba que nos saquen nuestras cosas. Un carabino se acerca y me dice: Salgan mejor a la buena,

a la mala le van a romper sus cositas. Capaz que les peguen, decía.

Salimos por los niños que ya estaban viendo mucha cosa.

Tanto luchar, tanto fíjese, para estar ahí, hasta que nos echaron. Mi marido estaba deshecho, como que no tenía esas ganas de reclamar nada. No hablaba, cabeza gacha, no comió después en varios días. Ya estaban afuera preparándose para tirar esas bombas lacrimógenas, yo le dije a mi esposo que cambiara de actitud, pero él como que se quedaba ahí no más, como que se choqueó. Sentí que era mejor que nos viniéramos. Mi mami tenía como ochenta años... Le dije a mi viejo, Dios está en todas partes, vámonos, de alguna manera nos arreglaremos.

Dejamos todo, nuestra huerta, mis plantas...

A los años después empezaron otra vez. Con nosotros como que habían parado los desalojos, esa vez la gente se les paró toda, enfrentaron a los milicos.

Un mayor de carabineros de Osorno nos ayudó un poco, les decía "a esta familia no me la mueven de aquí hasta que le encuentren una casa". Me dijo: "yo voy a guardar el camión con tus cosas, aquí en la primera comisaría". Ahí estuvieron como dieciocho días. Nos iban a buscar del hogar de Cristo, para que alojemos allá. Yo le dije no, porque aquí está mi problema, yo no necesito limosnas, yo reclamo mis derechos y no me moví de ahí, de donde nos dejaron, justo al frente de la población de los milicos. Hablaban con el obispo de Osorno para que nos lleven al hogar, yo les decía que no, ahí nos quedamos, ese hombre fue defensor nuestro.

Fuimos donde la hermana de mi esposo, cuando nos guardaron el camión. Según que nos iban a buscar para meternos preso con camión y todo, eso nos decían. Y llegó un mayor de carabineros y les preguntaba por qué esta familia está aquí, porque nos despojaron le dije y nos quieren meter presos. No me acuerdo cómo se llamaba, el grado lo recuerdo, alguien me lo dijo. Y este carabinero decía: "ellos no van presos, están reclamando sus derechos". Ahí nos quedamos parados junto al camión, pasamos noches ahí, mal. Al baño íbamos a las casas cerca. Abril sería porque no nos llovió, hacía frío no más. Eso se fue alargando, unos quince días siquiera fueron ahí. La radio Voz de la Costa fue a vernos, nos dijeron que había salido la noticia hasta en Santiago. Hubo gente que nos llamó porque se enteraron por las noticias de que habíamos sido despojados.

¿Cómo era su vida antes de esto?

Trabajábamos los dos, la vida era buena, el día a día... Yo hacía costuras y las vendía, por eso le digo que teníamos antes un sueldo, trabajábamos para vender en la cooperativa las cosas de las cosechas, también la leche, los quesos, que se hacían en la fábrica que se quemó después. Dicen que no hace mucho se quemó todo eso, éramos hartas las que trabajábamos ahí, hartas que ya se han ido... Han muerto. La Isolda Hernández, la Rosa Vargas, la Rosa Cárcamo parece, éramos amigas, buen grupo. Llegó un militar a intervenir el grupo, un tal Pérez, y ya se veía que venía mal todo, se hizo invivible, ya no se podía estar, así

que obligados a salir ya que nos fueron a despojar de donde vivíamos.

Le cuento, yo no me quería venir...

Comienzan a caer por sus mejillas lágrimas que ha tenido contenidas durante este relato. Apenas comienza a recordar esos momentos que aún la marcan, la señora Erna va tragando sorbos de un vaso de agua que nos comparte, como queriendo retrasar el llanto. Cuando los habitantes que la acompañan entran y salen de la casa y el perro ladra afuera, en medio del ruido de un televisor encendido, me apodero de un control remoto que hay cerca y bajo el volumen. Me atrevo a tomar y acariciar su mano, mirar como los cristales de sus lentes que lleva puesto comienzan a empañarse. Saca un pañuelo, seca su llanto y se levanta de la mesa, no sin antes ofrecernos un vaso de jugo...

No teníamos dónde estar, no teníamos casa, tampoco nos íbamos a meter a otra familia. Ahí tuvimos guerreando, yo peleé hartos con los jefes de allá de Rupancho hasta que compraron una casa. Yo les insistía que mis cosas no las bajarán del camión hasta que entren a una casa. Mi esposo es socio les decía yo, él tiene derechos. Imagínese, eran como ochocientos socios, si eso es tan grande, los jefes llegaban de fuera. Me acuerdo del “Choño” Vidal, era presidente de la Cooperativa, aunque fueron a venderla a Santiago, todavía no la pueden echar abajo porque eso tiene personalidad jurídica. Todavía pelean por eso. Mi esposo fue

indemnizado por el Gobierno, después de “Pinocho”, porque ese ¿de a’ónde lo iba a hacer? Y hace ahora como tres años que le llegó esa plata. Vea cuánto tiempo ha pasado.

¿Echa de menos el campo?

Harto lo echo de menos, pero no sacaría nada con volver ahora. Ya no tengo fuerzas pa’ trabajar afuera en el campo. Y pensar que yo soñé las noches antes lo que iba a pasar, con esos pájaros de la antigüedad que le dicen, esos prehistóricos, que tenían unas tremendas alas. Revoloteaban sobre la casa pero no nos hacían daño y yo que no dejaba salir a los niños afuera, por el miedo. Y después que sucedió el desalojo saqué la conclusión que era eso. Eran los de las fuerzas armadas que llegaron todos con armas. Apuntando y diciendo: ¡Váyanse! ¡Ahora!

Yo les pedía que por favor si iban a sacar mis cosas que nos las destruyeran. Ellos llegaban y tiraban no más, afuera decían que nos iban a llevar a Valdivia. Imagínese, allá no conocíamos a nadie, yo les decía si pasan más allá de Osorno me tiraba del camión. Y así fue que el camión en que nos llevaron se pasó a quedar en Osorno, un poquito más arriba de calle Buenos Aires, y nos dejaron ahí. El chofer se fue y dijo: “Yo me tengo que ir”. Quedamos a la intemperie, dejó abierta la cabina y ahí quedamos, unas cuatro noches estuvimos ahí. Nos iban a dejar comida la gente de la Manuel Rodríguez, gente de cerca. Los de la Universidad también fueron a acompañarnos, se juntaba harta

gente. El obispo insistía que nos vayamos al hogar de Cristo, yo le decía que mi problema estaba junto al camión con mis cosas. “Eres terca mujer”, me decía.

¿Qué iba yo hacer en el hogar? Y capaz que los otros botan mis cosas al río. Y todo esto porque pensaron que nosotros éramos políticos. Y ya le dije, trabajábamos en el campo. Yo reclamaba que no me podían dejar sin casa. Un tal Nelson que era uno de los jefes se burlaba: ¿“No quería que te compremos casa con tele a color también? Qué íbamos a saber de eso si apenas teníamos tele blanco y negro. No permitiré que bajen mis cosas, fue lo único que dije. Algunas se humedecieron, se perdieron en el camión cuando quedó en la Comisaría.

Si esto que le cuento fue así de un improvisado. No avisaron nada. Antes, nos habían dejado tranquilos un buen tiempo.

La señora Erna suspira hondo y con la mirada perdida se queda como buscando el silencio bajo el mantel que cubre la mesa.

Señora Erna, antes, ¿había contado esto?

No fíjese, nunca lo había contado. Si contara a las partes que fui a reclamar, ahí sí hablé. Después ya no, porque mi hermano fue hablar a Puerto Montt con el gobernador. ¿Sabe que tuvimos tanto apoyo? No todos corrieron la misma suerte, y esta casita que usted ve aun no la terminamos. No elegimos vivir aquí.

¿Y hoy cómo vive señora Erna?

Bueno, yo trabajo de maestra de cocina de años desde que nos vinimos de allá. Primero trabajé en casas particulares y cuando fui conociendo más gente me metí a trabajar a la cocina. Con la plata de mi esposo pagamos luz, agua y esto donde estamos aquí ya no pagamos. Aquí llegan mis nietos y como doce bisnietos. A ver, déjeme contar cuántos hombres y cuántas mujeres. Seis mujeres parece que son. Y bueno, lo bueno es que alcancé a ver mi bis nietos.

Una hija se quedó por allá por Rupanco

¿Temió por su vida?

Sí. ¿Y sabe cuándo lo sentí? A los dos años que estaba “Pinocho”, le hicimos un paro porque ya era mucho la injusticia —sonríe levemente cuando recuerda y se pone a mirar sus manos que las entrelaza una y otra vez—. Oiga, llegó un camión de milicos, todos arriba, ahí sentí miedo. Nos paramos porque la gente tenía orden de vender todos sus animalitos, quedar sin nada, ni sus chanchitos, porque decían que el que iba a comprar no les gustaba que la gente tuviera eso. Nos citaron a todos, pero yo no tenía miedo. Nos pusimos todos en fila, esa vez llegaron en una inmensa micro, todos armados y le decíamos estamos aquí reclamando nuestros derechos no más, como son buenos pa’ matar, mátennos, le decíamos. Fue riesgoso eso que hicimos. A la señora Nora le pegaron. Ella se defendía bien, como decirle, era más buena pa’ hablar, por eso

a ella la castigaron. Todos reclamábamos pero con ella se cargaron más.

Pero el que mandaba en ese tiempo en puerto Octay, les dijo que se fueran a otro lado, que la gente de Rupancho no la molesten, no son políticos. Quizás por eso es que todavía estamos vivas. ¿Y sabe? Siempre estaré agradecida de la gente que nos llevó comida cuando estuvimos en la calle con mi familia, nos iban a ver en la noche.

¿Qué siente al saber que fue apartada de la tierra y de sus sueños?

Fue terrible, nunca pensé que íbamos a salir de esa manera. Siguen despidiendo gente. Un hermano mío negoció. No les quiso trabajar más y se fue también.

Oiga; ¿Irán dónde Noraliza? —iremos mañana, respondí.

¿Qué le parece señora Erna que la hayamos venido a ver por esto?

Está muy bien. Ojalá que a nadie nunca más le vuelva a pasar esto, es más triste cuando hay niños pequeños que ven eso, ellos no comprenden lo que pasa. Yo nunca tuve ayuda psicológica, tuve que seguir con esto guardado, sola, ni con mi familia. Los nietos no saben esto, no quiero que guarden rencor en el corazón. Están criados con humildad, para que sean personas buenas.

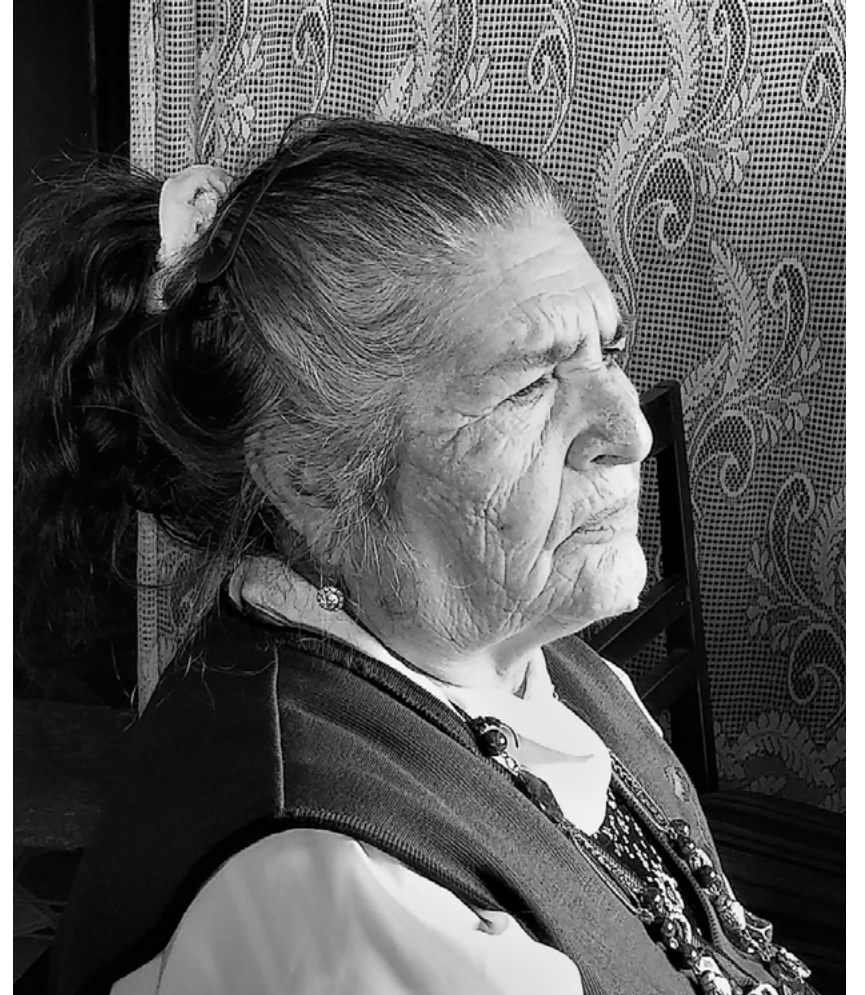
Mi marido creo que aún no lo supera, yo le digo que

no piense tanto... La casa donde vivíamos allá, aún sigue en pie. Dicen que esa misma noche que nos botaron, entró la otra gente.

Ahora entiendo eso de los pájaros que me avisaron de esto malo y que yo vi en mis sueños.



Erna Águila Hernández
En Osorno 23 de Febrero del 2017



Ana Brigida Ortega Molina

Huerto desalojado

Huerto desalojado por la injusticia
Destruyendo el alma de los árboles de vida
Que plantaron flores y arbustos de fragancia
Desalojo de sus bienes y de su tierra amada
Hoy duele recordar este invierno tormentoso
Donde el hombre sin misericordia legendaria
Mandó a triturar la casa de los ancianos
Por defender sus derechos quedaron fuera de su cerca
Huerto desalojado, sufrimiento de las flores
Lloraron los pájaros teniendo sus alas atadas
Al ver a los ancianos del campo trizadas sus raíces
Injusticias invasoras destruyen campestres perlas
Me pregunto: ¿Dónde está el derecho humano?
Sin defender mi tierra milenaria asignada
Es perpetrar delito el desalojo por reclamo
Tierra de Rupanco, tu huerto es como raíces humanizadas
Hoy escribo este verso con lágrimas
Meditando lo que nos tocó vivir, el dolor
Que todavía estamos en la lucha turbia
Aunque desde lejos o cerca, juntar esperanza queremos.

Bernardita Vargas Ortega
Rupanco. Puerto Octay

Ana Brígida Ortega Molina

Yo Soy Ana Brígida Ortega Molina, donde nací no me acuerdo mucho porque fue por allá por Palena, por los dichos que decían mi papá y mi mamá, por allá vivían ellos. Somos hartos hermanos, siete hombres y ocho mujeres. Yo voy a tener ochenta años. Nací un siete de julio. Espere, voy a buscar mi carné mejor pa' que usted vea: 7 de julio del año 1937.

Yo soy la segunda de las mujeres, primero viene la Blanca Gabriela.

Señora Ana, ¿cómo llegó por estos lares?

Andando mis padres, buscando trabajo, así entre patrones y patrones llegamos aquí a Rupanco. Tenía unos quince años. Ayudaba a mi papa en la lechería. Yo hacía eso desde niñita con mi mamá. Tenía siete años, ella cargaba el balde y yo un jarrito al otro lado.

Y bueno así llegamos a la hacienda Rupanco. Mi padre llegó de campero lechador con hartos hijos, imagínese que éramos quince. A las cuatro de la mañana ahí estaba yo en el corral junto a mi padre, ayudando, llueva o truene ahí estaba. Así ayudábamos al padre. Casi no fui a la escuela, quedaba lejos. Así fui creciendo y así también pillé a mi novio, Isidoro Vargas Gonzales. Llegaba por la tarde, calladito y me decía: "Holaaa". Y me tomaba la mano cuando yo lechando oiga, así del otro lado, le contestaba "hola" también.

Larga una carcajada contagiosa, como recordando nítidamente aquellos momentos.

Era del sector administración, de por ahí venía. Cuando el viejo estaba lechando se dejaba caer con su “hola mi amor”. Yo vivía en la Juntas en la lechería Canelo. Trabajábamos todos en eso, hasta mi mamá. Muy fuerte ella, trabajadora, se “sanaba” de los hijos y seguía en la pega. El cabecilla era mi papá, el recibía las platas.

*Cuidado, le decía yo, no te vaya a ver mi papá. Tuvi-
mos permiso pero antes nos dio “una agarrá e’palos”.
A mi papá no le gustaba eso de que le llegaran a robar
las hijas. Así tenía menos gente pa’ la pega poh. Igual
cuando fui grande se la cobré y le dije: “¿Acaso a us-
ted, no le gusto?”*

*A ver, ¿cuántos años tendría yo? Deben haber sido
unos diecisiete, me case a los diecinueve. Ya teníamos
a la Jovita... Mire ahí está mi viejo.*

Y señala un retrato colgado en la pared donde apa-
recen juntos.

*A así empezamos, tomándonos la mano. Eso duró
unos cuatro años. Así pude conocer un poco a ese hom-
bre. Me salió buen padre y buen marido. Pasamos las bo-
das de oro, tuvimos juntos como cincuenta y siete años.
Cuando me casé no tenía ni zapatos me acuerdo. Vendí
mis gallinas, no alcanzaba la plata, éramos tantos.*

*Me acuerdo del casamiento, fue en Rupanco, mi ma-
rido nacido y criado ahí. Antes fuimos a Octay, al civil,
después volvimos a la casa. Hicimos una cena ya en-*

*trando la tarde. Mi mamá nos arregló una cama a todo
piso. “Pa’ que no se sienta na’”, jejejejeje... Así fue la
cosa. Y así llegó la otra hija.*

*Fue bonito eso, hubo “carneo”. El novio llegó con un
chivo y una “chuica” de cinco litros de chicha de man-
zana. Mi papá mató unos chanchos. Fuimos nosotros
no más. Marido, papás y familia. Antes no se invitaba
a tanta gente como ahora.*

*Mi papá no quería que me fuera de la casa todavía.
Yo le dije a mi marido “yo me quiero ir al tiro contigo”.
Nos fuimos donde una hermana d’ él que nos pasó una
pieza. Así seguimos viviendo dentro de lo que era ad-
ministración Rupanco. Él trabajando de torero, en la
ordeña y cuidando los toros. Yo en la casa, todo eso
de la comida, desde el pan, la leña, hacer huerta, criar
avecitas, animalitos. Así fue que tuve once hijos, diez
míos, cinco hombres, cinco mujeres y uno que parió mi
hermana “mudita” y me lo regaló. Ella no tenía pa’ dar-
le comida. Cuando lo recibí estaba a punto de morir,
ya tenía los ojitos adentro, esperaban que muriera. No
hice diferencias, todo igual no más. Si una papa había
pa’ comer, eso se comía. Le compré alimento y ropa
en Osorno. Mi hija tenía guagüita así que ella ayudó
a amantarlo. Crié hijos todos seguidos, al año, al año
dos meses, al año cuatro meses. Si parecía que no hu-
biera criado tantos, bien “ordenaitos, na’ de mañas”.
Hasta un nieto. Este último no lo pasé por el civil.*

*Tuvimos nuestra casita en Rupanco, éramos coope-
rados, mi marido a todo trabajo le hacía, sabía de todo.
Yo mandaba como a diez chicos a la escuela. Algunos
no querían ir, “na’ de cosas, con la “guasca” tenían que*

ir no má". "No vaigan a ser lesos como una que poco sabe". Yo fui la apoderada, el viejo casi pa' esas cosas no estaba. Ahora son lo que son.

Yo no sé cómo me las arreglé con tanto niño oiga. No sé cómo alcanzaba el sueldo, pero alcanzaba.

Señora Ana, ¿cómo era su día a día?

Me levantaba muy temprano, arreglar el café a mi viejo, los niños a la escuela, la siembra, la huerta. No se olvide que el que siembra cosecha. Sembrábamos papas, arvejas, habas. A medio parir me acuerdo, ahí estaba partiendo leña, cuña y combo.

Antes era como un hombre. Nada me quedaba grande: con los bueyes, con la pala, con todo. Enyugaba sola. Iba a dejar leche a Rupancho hasta Punta de Riel, Las Juntas. Iba al monte a buscar la leña para traer a la fábrica en la Administración.

Me acuerdo de las regalías que nos daban, un quintal de harina, siete sacos de trigo. Hacíamos harina tostada en la casa para los niños. Estaba tan acostumbrada a eso, que todo lo echo de menos ahora.

Tantas familias que éramos. Según dicen, habían ochocientos cooperados.

Y las mujeres, ¿se organizaban?

Ellos no más. Nosotras trabajábamos en todo lo de la casa, parecíamos esclavas. Con tanto niño que tenía una qué iba alcanzar tiempo pa' eso. Si tuve a los míos en mi casa, sin ayuda, sola. La partera era yo.

Me acuerdo cuando tuve a mi hija, la mayor. Mi mamá no estaba, ni mi hermana, la más "engreída". La no quería que me case. La que decía me mantuviera "gonita con ropa y todo". Tuve mi guagua en un lavatorio y listo, le corte la tripita después de la amarra y a la cama. Llegaron mi papá y mi mamá a verme. Yo ya estaba con mi guagua. Hacía mis remedios "pal sobreparto", sola. Encargaba las hierbas a mi marido: la hortiga, la chalotilla, tres habas, ¡ay! No me acuerdo de las otras. Vino añejo también es bueno. Todo pa' sanar y tener buen alimento pa' la guagua, jejejejeje. Hasta mi marido fue partero. La señora Flora de las Juntas también fue a atenderme alguna vez. Tuve al Jorge y a la Adela en el hospital de Octay.

La ropa la tejía, la hilaba, la misma lana de las ovejas que esquilábamos. Era feliz. Mis hijos crecieron felices, estudiaron. Encontraba que era más fácil vivir la vida allá.

¿Y cuándo dejó de ser agradable según usted?

Bueno, cuando llegaron los militares. Llegaron a las casas a revolver todo, hasta el harina orinaron. Nos dieron vuelta las camas, todo cambio por ese gobierno. Hubo toque de queda adentro también, los militares se paseaban. Tanta vigilancia me preguntaba, el miedo, ese susto de no saber qué iba a pasar, que le hagan algo a los niños... Fue un tiempo de "estar callaitos". Una hija quedó traumatizada, se orinaba cuando veía a los carabineros, sentía miedo, pensaba que nos iban a llevar... Mi marido nada, "si chistaba" ya sabían lo que les pasaba, era mejor callar antes que hablar. Me

acuerdo de los tractores buscando gente pa' llevarse. De cuando pateaban las puertas de las casas. De mis hijos aquí "apegaitos" a mí.

Sentir el abuso de los más "cogotudos" esos, los más grandes. Esa gente que llegó ahí no venía sola.

Ya la gente no pudo seguir tranquila trabajando, mi marido tampoco. Una se quedaba esperando, si volvían a la casa. Hubo gente que la sacaron de su casa y no volvían más. Y no era cuento.

Mi viejo siguió trabajando. Hasta que nos desalojaron... Me tuve que venir aquí...

Los ojos de la señora Ana se ponen lagrimosos, un suspiro largo la hace mirar al horizonte a través de su ventana. Pareciera que todo lo que nos había contado con tanta chispa, hubiera desaparecido con la pena ahora instalada en su corazón... Toma dos botones que hay sobre la mesa, los une y desune como buscando en su memoria aquel día de lluvia que intenta hilvanar.

Llegaron los camiones afuera, pero mire, yo como que sabía que ese iba ser el día. Yo soñé, Dios ya me había avisado. Eran como las cinco de la mañana ese día y le dije a mi viejo: "Oye nos van a venir a sacar, eso soñé". Él me dijo: "Es sólo un sueño".

No, le dije, hoy van a llegar. Y así fue.

Camiones, la "cuca", los pacos, eran tantos, pa' sacar a un par de viejos. Un carabiniere le disparó al perro que teníamos, para que no siguiera ladrando. Yo estaba sola. Un sobrino y mi marido andaban cerrando el paso de las ovejas por allá en el monte. Cuando llegó se fue

así mismo con ropa de trabajo a Osorno a la radio.

Llegaron temprano. La puerta la abrieron con un chuzo.

¡Salgan! Esta casa se va a botar, dijeron.

Subieron al segundo piso buscando a más gente. ¿Qué pensarían?

Yo no sabía qué hacer. Recién habíamos terminado de tomar desayuno, tenía la estufa prendida.

Los carabineros y la gente que trajeron "los malukos" sacaban las cosas, hasta gente de Río Negro llegó. Se perdió el harina que teníamos, lo que había en los freezer, se perdieron herramientas, mejor dicho se las robaron.

La gente de Administración sabían, llegaron pero qué hacían, si estaban botando todo ya. Hasta el Alcalde Mancilla llegó también. Rabiaba ese hombre allá adentro. Les preguntaba por qué me estaban sacando, cuál era tanta la molestia, por qué hacen esto a Isidoro, en qué les molesta. Les decía.

Mientras seguían botando mis cosas empezaron a destruir la casa para que no siguiera en pie. La cortaron con motosierra, tiraban las cosas desde el segundo piso, rompían todo, loza, todo lo que pillaban, hasta la plata que tenía ahorrada con mi viejo, siete millones de pesos que desaparecieron. Nos dijeron que ya nos habían avisado una vez para que nos fuéramos, esta vez nada. Hasta ahí habíamos estado. Todos los días se trabajaba, todo se veía bien. Mi viejo con sus papeles. Hasta que llegaron "los malukos" Manuka. Ellos desconocieron todo eso, nuestros derechos.

Yo impotente miraba, lloraba afuera viendo todo eso.

Veía como hacían pedazo las cosas, de tantos

años... Ver cómo destruían la casa donde críe todos mis hijos... quisiera acordarme de más cosas que viví en esa casa, pero son tantos tantos años...

No conformes con destruir con una motosierra las paredes, una maquina enterraba la leña, hacia hoyos, como borrando todo. La gente mirando sin poder hacer nada. Los carabineros de Cascadas, de Osorno, todos llegaron. No sé qué gente seríamos pa' ellos que llegó tanto carabinero. Llegó la radio con otros más. La Costa y la Bio Bio serían. Ahí haciendo entrevistas. Hasta Argentina llegó esa noticia.

No teníamos dónde ir. Más encima llovía un poco.

A la plaza de Osorno me irán a botar. Tanto que trabaja uno para después terminar en esto. Como que las personas viejas ya no sirvieran pa' na, dije.

El Alcalde dijo: "Veremos algo, pero no puedes quedar botada en Octay". Yo no quería nada. No tenía cabeza pa' pensar.

En una sede estuvimos, con lo que llegó de cosas. Harto se destruyó. Otras se perdieron, solo quedaron cubiertas con nylon.

La Junta de Vecinos de Rupanco nos vinieron a ver, gente de Fresia, de Octay, la familia también. Nueve meses estuvimos en una sede en Puerto Octay. Ahí nos tuvimos que arreglar, dormir, cocinar.

Hasta que llegamos aquí. El Alcalde Mancilla hizo esto, nosotros con mi viejo compramos las maderas y el esfuerzo de los hijos. Fue un sueño también, "Dios me dijo, hay una ladera, un monte verde adelante, ahí te irás". Aquí estoy ocho años.

Señora Ana, ¿qué le pasa hoy cuando recuerda todo esto? ¿Cómo lo ha sobrevellado?

Antes, cuando iba a Rupanco, me largaba a llorar. Ha ido pasando el tiempo y ya no lloro. Siento pena, porque ya no puedo hacer nada. Estoy vieja, qué más puedo hacer dígame. Seguir viviendo nada más. Dios me da la fuerza. Las vecinas me animan también. Yo a ellas. Eso es lo que vale, somos alegría. ¡Y vivan las que creen en eso!

¿Qué le parece que este relato quede para que las futuras generaciones sepan que pasó con Uds.?

Me parece bien. Que las mujeres aprendan de esto. Que sigan adelante, que nuestras fuerzas no se terminen. Si tenemos la cabeza gacha claro que se pierde. Pero si miramos de frente, el ánimo vuelve. El hombre es más callado. Yo fui a los paros, a reclamar derechos. Ahí vi cuando le pegaron a la Noraliza. Y aunque hoy no tengo na' que ver con eso, digo que nosotras somos más "huelguistas" y cuanto más joven, más debieran ser.



Ana Brigida Ortega Molina
Puerto Octay, 22 de marzo del 2017.

Mi nombre es María Bernardita Vargas Ortega

Soy hija de Ana, nací un 28 de febrero del año mil novecientos cincuenta y ocho. La historia que me une a Rupanco es la de nacer y criarme y seguir viviendo aquí en Las Juntas. Me crié junto a mis once hermanos, mi niñez fue aquí en el campo, como todos los niños que nacieron aquí, una vida de juegos y adolescencia. Cursé hasta octavo básico. Ya cuando tuve trece años comencé a trabajar, como era la mayor, así también pude ayudar a mis hermanos también. Ahora de adulta, a los cincuenta años, hice el primero y segundo medio.

Mis padres fueron expulsados de donde vivieron toda una vida, por reclamar sus derechos. Para que se vayan, de la noche a la mañana, llegaron carabineros y militares con la asesora de un juzgado, dijeron que venían con una orden de despojo. Y comenzaron las motosierras a cortar la casa desde el segundo piso, luego vino una máquina y demolió todo, hicieron un hoyo y enterraron la casa. Ver eso fue terrible, aún me emociono al recordarlo.

Los animales sufrieron mucho, hasta un perro murió producto de un disparo. Era agosto, estaba medio nublado con lluvia, mi madre afuera viendo todo, tapada solo con un nylon, sin casa, sin hogar, sin nada, mirábamos impotentes. Ellos tenían sus derechos aquí adentro, nada valió, los expulsaron igual.

Decían que mi papá era comunista, por eso él reclamaba.

Mis hermanos ofrecían llevarlos, pero no era eso, ellos estaban siendo desalojados de sus tierras, de su vida, de la legalidad de estar ahí. Eso no correspondía. Fue brutal.

En ese tiempo el Alcalde Carlos Mancilla, ofreció una sede que estaba desocupada para que no quedaran a la intemperie, en la calle... Ahí estuvieron mis padres varios meses.

Me dolió mucho eso, tuve que escuchar y ver otros despojos, no sólo aquí en Administración, también en otras secciones. El de Alicia Torres, de la noche a la mañana fueron botados en Puerto Octay. Don Aliro y la señora Erna, los fueron a botar como nada a Osorno, así los llevaban sin reclamar. Aun me pregunto porqué hubo tanta indolencia, por qué sucedió esto. Gente de fuera, extranjeros, desconocen el derecho a la tierra de los que estuvieron antes que ellos. Nosotros somos Cooperados, Rupanquinos, me duele que hayan pasado tantos años y esto siga hoy con Manuka.

Yo siento que me siguen persiguiendo, no vivo tranquila, no me permiten conectarme a la luz eléctrica, yo vivo con mi nietecito de siete meses y otra que estudia en Puerto Octay. No es la primera vez, es una cosa u otra, quieren que me vaya. Mi casa se quemó "misteriosamente" el treinta de marzo del año dos mil dieciséis,

cuando yo no estaba, hace un año ya. Lo perdí todo, ellos dicen que eso está en investigación... Me chantagean, que si les doy parte de mi tierra, tendré luz. Me siento vulnerada no poder acceder a un servicio básico. Yo lo necesito. Soy persona.

Yo tengo mis derechos en este lugar, mi esposo era cooperado, tengo mis documentos que así lo acreditan.

No soy la única que resiste aquí adentro, somos unos cuarenta todavía.

Con esfuerzo levanté mi casa nuevamente, aquí mismo, la municipalidad me dio una mediagua, el resto pedí un préstamo y seguiré adelante, por mis nietos. Yo vivo y lucho por ellos.

La poesía me inspira. El dolor también. Creo que escribo para decir de alguna manera los que nos pasa. Nuestra realidad. Dejar plasmado algo, y por qué no decir, es un desahogo a esta injusticia que veo.

Recuerdo a mi hermana, una niña de unos seis años en ese tiempo. Quedó con ese trauma, de ver carabineiros agresivos, violentos. Ella los veía, se ponía a tiritar y se orinaba. Hoy adulta, aun siente miedo. Entra en pánico. No ha logrado superar eso. Incluso le escribí un poema, se llamaba: “paloma herida”. Ella quedó así, herida. Ella no puede ver nada de esas cosas.

Nunca hemos tenido eso que le llaman ayuda psicológica para superar estos atropellos. Hemos ido viviendo

con esto auestas. Mi madre ha sido valiente, ha superado eso, siempre alegre, se ha ayudado en la fe. Mi padre no resistió, enfermó más, su corazón no resistió.

Aquí en tiempos de dictadura fue horrible, invadían las casas, daban vuelta todo, se orinaron en la harina para que no comiéramos, revolvían todo lo que pillaban. Tanta maldad que una vivió y por eso le digo, sigo y seguiré luchando... Resistiendo. Yo amo mi tierra.

Valoro estos testimonios para que la gente de “afuera” sepa lo que ha ocurrido con las mujeres y todo lo que abarca para sus familias.

Aquí existe una deuda histórica con las familias de Rupanco.”

Las Juntas. Rupanco, marzo 3 del 2017.



Noraliza Grandón Soto

Rememoria de mujer

Rememoria de una mujer luchadora extendida
/por el campo
Entre telares tejió matices y mantos,
hermosos colores y raíces de Rupanco.
Mujer, sé que tu memoria sufre llevando la huella
/de tus luchas
Solo por defender lo tuyo casi hasta la muerte
Aun fuiste despojada buscando respuestas
Mujer, sabia de tus hijos y nietos que te abrazan
Esforzada educando la vida en la luz están tus frutos
Del pasado hacia el futuro y en tus desvelos
/florecieron las parras
Rememoria del pasado fue dolor y lucha
Que vibran del interior del alma
Las marcas del verdugo las llevas en tu cuerpo
Solo por defender tu derecho del afuerino
Ahora estoy alejada y a la vez cercana
Esperando una esperanza tibia y turbia
Aun lloran los zorzales y las palomas
golpeadas por la injusticia de su tierra.

Bernardita Vargas

Noraliza Grandón Soto

*Si se volviera a repetir la historia,
haría nuevamente lo que hice, más y mejor.*

La señora Noraliza nos recibe en su casa. Ya vamos por segunda vez. En esta ocasión la acompaña su hija Jeanette.

Nos pregunta de entrada: *¿habrán visto el video ese que está en internet donde le hacen pedazos la casa a la Sra. Ana Vargas?*

Cuéntenos.

Yo soy Noraliza Grandón Soto, nací el 18 de septiembre de 1931 en Rupanco. Nacida y criada, estudié en un colegio para huérfanas en Valdivia. Quedé huérfana a los siete años. Llegué con una enfermedad al hospital de Puerto Octay. En esos años habían monjas ahí, en ese colegio que hoy es el San Vicente. Mi padre se contactó con una de ellas que había conocido en el norte, y ella le dijo que había un hogar en Valdivia, ahí me crie yo. No tuve apoderado, nada, así no más. Estuve ahí hasta los catorce años y después a Rupanco otra vez. Me tuve que hacer cargo de una casa y de una hermanita chica, mi papá se había separado de la señora que tenía. La niña tenía dos años. Así estuve como tres años hasta que pillé al hombre con el que me casé: Gilberto Henríquez. Él había llegado de fuera a trabajar a la Hacienda. Era obrero. Se dedicaba en la

parte donde se secaba el trigo. Pololeamos unos tres meses no más. Al menos de mi parte creo que fue amor a primera vista como le dicen. Tenía más edad que yo y una hija. El casamiento fue pa' nosotros no más. Ya a los nueve meses llegó la primera criatura. Después el otro a los dos años y así tuvimos ocho hijos. Dos mujeres y seis hombres. Comencé el año cuarenta y nueve y terminé el año sesenta y nueve.

Nos casamos en Rupanco y ahí criamos nuestros hijos, era el tiempo de la Hacienda Ñuble Rupanco, época muy buena. Si alguno de los obreros se portaba mal, al año podía volver y lo recibían de nuevo. No se trataban mal a los trabajadores, las cosechas del campo eran abundantes. Se hacían ranchos de comida, se preparaba harto para la gente, venía mucha gente a trabajar por la temporada, venían del sur, de Chiloé, les tenían casa donde llegaban a alojar, a comer. Tenían regalías que le llamaban, los sueldos no eran grandes, pero eso compensaba, daban el harina, el queso, la mantequilla y en la semana tres kilos de carne. Si el trabajador era bueno, así lo premiaban, eso era la Hacienda Ñuble Rupanco. Y al abuelo que ya era jubilado, igual le tocaba su ración. Imagínese que la leche la dejaban en la puerta de la casa. El suero de la fábrica de queso era repartido a las familias para que le den a los chanchos. Todo se aprovechaba.

Y yo en mi casa no más, criando hijos. En esos años no habían lavadoras, así que hacer fuego y todo lavando a mano en artesas, a la antigua, sola. Levantarse temprano, hacer el desayuno antes de las ocho de la mañana para el marido y comenzaban a despertar las

guaguas, lavar pañales, ya llegaba el mediodía y otra vez a cocinar para el almuerzo. Cuando fueron creciendo le llevaban la comida a su papá, habían unos pinos cerca, ahí tomaban once. Así llegaban a cenar y así terminaba el día. Tuve un marido muy trabajador, adentro y afuera de la casa. No me hacía faltar leña, el huerto lo hacíamos entre los dos, hasta que los hijos fueron creciendo, ellos iban ayudando también. Todos ellos estudiaron en Rupanco, yo fui la apoderada de todos en el colegio. Le digo que habían unos muy buenos para las notas, otros no tanto, "desordenaitos" eran. Una vez uno de ellos se fracturó porque había un caballo detrás de la Hacienda, era el horario de recreo y montaban ese caballo. Se subieron dos ese día, el caballo se enojó, brincó y uno se quebró la mano. Travesuras no más, nada grave que yo recuerde. Después se fueron dos a Puerto Montt, al colegio industrial de allá, con becas, en esos años era presidente de Chile Eduardo Frei. Otro de mis hijos estudió en Osorno, también en el Industrial. Una hija estudió en la Universidad Católica, ayudó a su otra hermana también, a estudiar química.

Y cuando podía arreglaba pantalones, hacía costuras, como había estudiado en colegio de monjas, así también podía aportar dinero a la casa. Bordaba manteles, hacía zurcidos invisibles a las medias de seda, todo eso que aprendí en las monjas lo hacía en mi casa, así me ganaba unos pesitos, ayudaba al marido, nunca nos faltó nada en la casa. Ni alimento ni vestuario para nuestros hijos. Todos mis hijos siempre están aquí, conmigo, vienen a recordar a su padre, cuando

mandamos hacer la misa, llegan a las fiestas familiares.

Me hacía tan feliz estar en el campo, ver la naturaleza tan linda y criar a los hijos libres, sin maldad, hasta el día de hoy pienso que tener un hijo en el campo, rodeado de verde, es lo mejor, no tengo dudas de eso. Yo fui feliz así. Tenía amigas allá, buenas relaciones con mis vecinas, mis vecinos, pertenecí a un centro de madres, fui su presidenta, teníamos una maquina de tejer que la sacamos por un proyecto, a cada una le enseñamos a tejer, siempre había una a cargo de la maquina, y luego vendían lo que hacían, éramos como veintidós mujeres. El Alba se llamaba el centro de madres, fui reelegida varias veces para que siga siendo la presidenta. No es por tirarme flores, pero me gustan que se hagan las cosas y las cuentas bien claras, nada de cosas escondidas ni a medias, sería por eso que les gustaba que siga yo.

En febrero teníamos más pega, nos mandaban hacer los chalecos y chombas de colegio. Pero todo eso cambió cuando se llamó Cabildo.

El Golpe de Estado, la intervención de la Hacienda, de un rato a otro pusieron un interventor, alguien de Osorno. Era un perro con la gente. Dicen que había trabajado en un banco. Pinochet tiene que haberlo colocado ahí. Comenzaron a despedir a la gente, comenzó a correr la voz, tú te vas, este también, este otro... La gente comenzó a “bajoniarse”.

Después se hizo dueño ahí el Ponce Lerou, sin pagarle a la gente. Imagínese, ya no era lo mismo. La gente ya no trabajaba a gusto. Andaban con miedo.

Ya no sabían si tendrían el trabajo, hoy o mañana. Ya no había la seguridad de antes. Empezaron a despedir a la gente joven, las familias se fueron disolviendo, por decir de alguna manera, comenzó la rivalidad, la división, la desconfianza. La gente comenzó a “cuidar su trabajito” y si nos ayudábamos entre vecinos, la gente podía perder la pega. Las familias comenzaron a dividirse. Este interventor pasó varios meses sin pagarle a la gente. Empezamos a subsistir con las cositas de la huerta, en mi caso yo tenía más hijos, ellos me ayudaban, pero este hombre los empezó a despedir. Imagínese la gente que estaba sola. Pasaba hambre.

Mi hija que en ese tiempo era niña, dice que recuerda que vivíamos a puras papas con picante. Yo le digo que era lo que había. El kilo de azúcar que nos enviaban de Osorno, había que cuidarlo.

Y nosotras como veíamos que no les pagaban el sueldo a nuestros maridos, hicimos un paro las mujeres. Era como noviembre del año setenta y seis, ya era mucho la injusticia, nosotras no quisimos que ellos lo hicieran, para que nos los despidieran a todos. Nos comunicamos con todas, incluso las que no estaban en el centro de madres. La casa mía era la sede, nos juntamos gente de Las Juntas, de Administración, puras mujeres y nos paramos afuera de la oficina, antes que llegue el interventor. Todas estábamos de acuerdo, todas estábamos sintiendo lo mismo, seríamos unas cincuenta mujeres. Nos paramos y no dejamos entrar al interventor. Le pedíamos que nos dé una solución. Él llegó y se metió a la fuerza, siempre andaba acompañado de una perra, era un animal bravo, tuvimos

miedo que nos mordiera. Llamó a carabineros.

Les dijo: “Esta señora es la cabecilla”. Y me llevaron presa.

Me acuerdo que llegó el Gobernador de Osorno, en ese entonces Siebert.

Nosotras nos pusimos a cantar la canción nacional.

A mí no me van a emocionar con la canción nacional dijo.

Si eres un “gringo e mierda, que le va a importar poh.” Le dije.

Me agarró mala, andaba yo con mi hija también, la mayor, la que estaba en Santiago, las dos hablábamos.

Bueno no hubo solución a ninguna cosa y nos llevaron a las dos, primero disolvieron el grupo. ¡Váyanse a sus casas! Les decían a las otras mujeres. Y a mí me fueron a buscar a mi casa con mi hija. Quedó mi otra hija que tenía ocho años sola en la casa. Nos llevaron a Puerto Octay primero, después a la comisaría en Osorno, nada nos decían, ahí nos tuvieron toda la noche en un calabozo, solas, sin comida. Después nos echaron a una celda donde estaban todos los presos. La única visita que tuvimos fue el padre Pablo. Al otro día temprano llegó el Obispo Valdez con el padre y varias mujeres de las que habíamos estado en el paro. El obispo ya había hablado a Santiago diciendo que nos tenían detenidas y que era injusto. Yo preguntaba por qué nos tenían así, y un fiscal nos decía que era porque nosotras habíamos retenido a una persona en su oficina y no la habíamos dejado salir.

Pero eso no es motivo para hacernos esto, le dije.

Además nosotras no hicimos eso. Él fue, no quiso salir a darnos una explicación.-

Por ese Obispo, nosotras nos salvamos. Era un tiempo ya todos saben, era muy difícil. Tuvimos miedo. Quizás no hubiera estado contando esto. Y como no nos habían dejado registradas, llegamos a pensar que nos desaparecerían. Yo pensaba en mis hijos, mi familia.

Después de eso quedé marcada como la que hacía la revuelta.

Antes de eso hubo un desalojo allá en la Hacienda, un trabajador que tenía dos niños chicos, y vivía con ellos una señora anciana, la familia Uribe Águila. Erna se llamaba la señora, los desalojaron así de pronto, yo andaba en Osorno y me encuentro al regreso con el camión.

Se detuvo, bajó ella y me dijo: Nos desalojaron, la gente no fue escuchada.

Adonde te irás, le dije.

No sé, me dijo, aquí en el camión andaré.

Resiste, le dije.

Así llegó la noche y esa familia en ese camión tuvo que allegarse cerca de una bencinera en Osorno.

Pasaron muchos días, y esa familia en esas condiciones y nosotras allá en la Hacienda reclamando justicia. Exigíamos la compra de una casa.

Las mujeres exigíamos eso. No recuerdo si hicimos como dos o tres paros. Si en ocho días no teníamos respuesta íbamos a gritar de nuevo. Nos “echaron los pacos”, lacrimógenas, a mí y a Enrique Tejeda nos dieron palos, me rompieron la cabeza. En la posta me pusieron unos puntos. Pero no nos dimos por vencidas.

Antes de ese desalojo habían hecho uno en el sector de San Ramón.

A esa familia la llevaron a Puerto Montt, prácticamente a botarla. Le arrendaron una casa por un mes, la gente no sabía, después de eso quedaron en la calle.

Eso mismo temíamos nosotras que pasaría con Erna, por eso seguíamos reclamando. Ellos llegaban y sacaban a la gente, eso fue pasando para que la gente también tenga miedo. Nos tenían intimidados con eso. Mañana no sabíamos a quién le tocaba.

Incluso uno de mis hijos era chofer muypreciado, pero como era hijo mío, lo despidieron. Y así los fueron despidiendo a todos.

Ya ni el centro de madres pudo seguir funcionando, ya no valía la pena.

Nosotros éramos cooperados, pero nunca tuvimos alguna inscripción de los terrenos, nadie nos dijo nada, eso fue lo malo. Sabíamos que pertenecíamos a la Cooperativa Ñuble Rupanco y listo.

Una hectárea teníamos, nada más, nunca nos dijeron que por ser cooperados nos tocaban más tierras. Nunca conocimos esa información.

Por eso para ellos era tan fácil adueñarse de todo.

Y así fuimos de un abogado a otro. Hasta que llegó un tal Barría y ese nos vendió como a Cristo.

“Se les va a dar un millón de pesos a cada uno, por las cincuenta y dos hectáreas que le corresponden...”

Y hubo gente que recibió eso, la mayoría, para decir mejor. Y eso empezó a dividir. Ya esos no pertenecían a la Cooperativa, y los otros que no aceptaron seguían luchando hasta los días de hoy.

Quedamos unos cuarenta de esos parece. Ojalá que algún día esto tenga solución. Le hablo por la gente que aún sigue “adentro” y no tiene nada, su casita no más. Y “peligrando” que mañana le digan “ándate”. Porque hicieron un convenio con Manuka que es ahora. Si no les pasará lo mismo que a nosotros.

¿Qué pasó con ustedes?

Mire, lo primero fue lo de Don Isidoro Vargas, lo desalojaron, fuimos a ver si paraban eso. Eso fue con un día de lluvia, un matrimonio de edad, los sacaron de su casa, sus cositas, las tiraban por las ventanas, por donde caían, eso lo hicieron gente de ahí mismo, con gente de Octay, no sabíamos sus nombres, llegaron con moto sierras.

Eso fue tremendo. Fue terrible... Y llovía mucho. Los carabineros mirando. La gente también, no podía creer. Me da pena tanta injusticia que hubo. Me da pena.

La señora Noraliza ha permanecido sentada en la cabecera de la mesa, a ratos me sorprende lo hilado de su testimonio, va y vienen en su memoria acontecimientos, su hija al lado asiente con la mirada vidriosa lo que su madre va contando. Percibimos que la emoción está contenida y que en cualquier momento tendremos que apagar la grabadora, pero ella sigue su relato, a ratos saca un pañuelo y no deja que esa lagrima porfiada la distraiga de todo eso que nos está contando... Quiere retomar la conversa pero no puede seguir sosteniendo la emoción, se quita los lentes y

llora... Veo que su hija hace lo mismo y quienes estamos ahí pareciera que tragamos ese nudo que sentimos en la garganta.

Hasta que nos tocó a nosotros —dice.

Ese hombre y su familia fueron igual que nosotros, nacidos y criados aquí. Crió sus hijos, formó su familia en Rupanco. Nunca nos movimos de ahí, siempre estuvimos en el mismo sitio. Me da pena saber y recordar como lo sacaron.

Así al poco tiempo nos dijeron: tienen que irse, era el año dos mil diez, mi hija trabajaba en la Administración, ahí el Gerente de Manuka le dijo: no tienes más trabajo aquí, tienes un mes de plazo para irte. La hicieron firmar para que el sitio que ocupábamos diga que era de ellos. Entonces mi hija como no firmó nada, porque eso nos pertenecía a mi marido y a mí, ellos metieron juicio a cada integrante de la familia.

Fuimos a Osorno, contratamos a un abogado, que ganó eso en primera instancia, que por los años que estábamos con mi madre ahí, nos correspondía. Y cuando fuimos a Valdivia el abogado nuestro misteriosamente no se presentó. Entonces el Juzgado dio por ganador a Manuka de ese juicio. Mientras que a nosotros ya habíamos perdido el plazo de cinco días para apelar a Santiago. Así hicieron las negociaciones y que teníamos una fecha para desalojar.

¿Y usted señora Noraliza, cómo se entera de esta noticia?

Imagínese, recibí eso con mucho dolor, dejar toda mi vida, todo lo que había sido. Ver dónde me iba...

No logra hilvanar más palabras y el llanto consume las palabras de la señora Nora, dejó la grabadora que siga siendo testigo del momento, sólo puedo decir que hay una genuina honestidad en sus palabras y un profundo dolor que no ha sanado...

Salió mi hija con mi nieto buscando por todos lados, tuvimos que dejar nuestras cosas en la casa parroquial. Éramos una familia grande, todavía lo somos, bien constituidas. Nos dijeron que a finales de agosto y antes de septiembre teníamos que irnos. Mi hija fue a la Gobernación de Osorno, Kahuak era, a ver si podían hacer algo, sobre todo por el invierno. Teníamos que desarmar la casa que habitábamos, llevarla a otro lugar...

Mi hija no estaba bien con todo esto. En la oficina del Gobernador citaron a la abogada de Manuka. En ese lugar nos dijeron que teníamos el 30 de agosto para irnos, que nos entregaban la casa para desarmar y sin terreno...

Comenzó una búsqueda agotadora, no pillábamos... Lo que más sentía era dejar mis animalitos, mis ovejitas, mis gallinas, todo eso que una cría en el campo, todo eso era lo que más sentía, no cabrían en un sitio chico pensaba. Fue terrible tanto andar y buscar, como siempre he tenido buena amistad con los demás, mi nieto tenía alguien que le dijo que nos podría arrendar algo, una casita chica en el sector El Escudo, fuimos

a ver, era algo chiquito, pero no había más, pero tenía sitio, pensé en mis ovejitas.

Vámonos mejor, si no, nos pasará lo mismo que a don Isidoro Vargas, a esa otra familia de las Juntas que le prendieron fuego a la casa, con tal que se vayan, y sus cositas se las metieron a una bodega. Les robaron los que cargaban el camión y el resto se echó todo a perder. Qué brutalidad más grande hacer eso. Entonces pienso que no hay justicia.

A todo eso le temía yo. Perder todo lo que teníamos de tantos años.

Mis hijos querían reclamar, yo les decía que no, ya estaba muy cansada, temía que la gente que administraba se pusiera más violenta.

Temía que los llevaran detenidos. Imagínese, yo no habría soportado eso.

Por eso estamos aquí hoy en lo que ustedes ven.

Antes era una casa húmeda, se llovía, no pude traer todo, recuerde que fue como en agosto. Me dio una neumonía fuerte, tuve bien enferma. Parece que me estrese mucho.

Ya no queda nada de esa casita chica, hay madera de nuestra casa, la de antes, aquí. Pasaron más de dos años antes que yo pudiera estar más tranquila, ver la madera afuera como pasaba en invierno. Me daba mucha pena. Sentía que se iba deteriorando todo, que no se avanzaba. Sentía que no volvería a levantar mi casa.

¿Y esa mujer luchadora?

Para que vea usted. Seguí adelante con esta pena en el corazón. Por mi familia, por todo lo que vi. Fueron noches interminables, sin dormir... Ni de allegados podíamos, somos una familia grande...

Nuevamente tenemos que dejar que la señora Noraliza sequé las lagrimas de su rostro y tome nuevamente fuerzas para seguir contándonos...

Me decía en silencio, de alguna manera sobreviviré, quisieron hacerme daño, el tiempo que llevo aquí al menos estoy más tranquila, aunque no olvido. Esto me acompaña hasta los días de hoy. Me pregunto por qué hacen esto a la gente mayor. No tenemos protección. Todavía hay gente que queda allá, siguen peleando porque le den su pedacito de terreno. Matrimonios solos de mucha edad y aún no tienen solución. Nosotros con mi familia agotamos todas las instancias, enviamos cartas a los gobiernos de la señora Bachelet, con Piñera.

¿Qué es para usted, señora Noraliza, la tierra?

La tierra es lo mejor para uno, si sabemos cuidarla, protegerla, lo tenemos todo. Se puede formar un hogar, criar sus hijos, así como yo los tuve. Hoy puedo decir que me siento allegada. Estoy en terrenos de mi nieto.

¿Cual fue el rol del Obispo Valdéz dentro de la hacienda Rupanco?

El ayudaba mucho en el tema de los ex cooperados, los acompañaba, los asesoraba, palabras de aliento, un buen pastor, un buen cura. A mi casa también llegaba.

Y que pasaba con los medios de comunicación, ¿se interesaban en ustedes, en sus demandas?

Casi no teníamos derecho a eso. Cuando Cabildo desalojó a Vargas, en el diario salió un cuadrito muy chiquito. Casi como una burla. Pero habían tres páginas de todo lo que hacía Cabildo, hoy Manuka, eso es el diario. Y eso que ese día llegaron todos los medios, la televisión también. Fueron atendidos en la oficina y se fueron.

Yo lloraba porque no entendía por qué nos sacaban de lo que había sido “nuestro”. Y los medios estaban más interesados en los neozelandeses y no en nosotros. Sentía como que nos arrinconaban.

¿Qué le parece dar y dejar este testimonio?

Primero me parece muy bueno que se sepa por boca de nosotros lo que pasó, antes nadie ha podido publicar estas cosas, nosotros sabemos las cosas que han sucedido. Los atropellos que pasó y sigue pasando la gente. Ojalá que no sigan haciendo estas cosas. Manuka sigue en conflicto con la gente que aún no sacan.

La Hacienda Ñuble Rupanco ya no queda nada, ni la Iglesia ya está, la quemaron. Imagínese que mi padre trabajó en la construcción de esa iglesia, toda la

historia que se llevó el fuego. Eso fue terrible, un golpe a la fe. Todas las familias que se casaron, bautizaron, todas de Rupanco. Una reliquia era para nosotros esa iglesia.

Si me pregunta si quisiera volver, le digo que no. Es y ha sido terrible llevar esto, no creo que sea la única que piense así.

Hoy la señora Noraliza va al Adulto Mayor a la posta que aún existe en el lugar, donde se reencuentra con los vecinos y vecinas que aun se reconocen como “los de afuera” y “los de adentro”.

Y a propósito de la salud. ¿Cómo está hoy?

A veces me siento mejor, esto me ha afectado el corazón...

Me mantiene viva creo yo el contacto con la gente, con mi grupo, mi familia. La risa. Porque si usted está amargada, todos se amargan. Aquí en mi familia ligero se pasan esas cosas. Incluso se mantiene la tradición de estar todos en la mesa cuando llega la hora de comer.

“Es ella la que manda” nos dice la hija. “Mi madre podría haber sido una desaparecida, ella era la que dirigía el grupo de mujeres, yo sólo veía de niña que a ella le afectaba esta injusticia, pero una niña no dimensiona lo que realmente estaba ocurriendo. Se llevaron a mi mamá, nadie sabía dónde, estuvo una noche en que no supimos dónde la tenían. Ella nos ha enseñado que las cosas en la vida hay que hacerlas de corazón, hacerlas bien. Igual que mi padre. No importa

el trabajo, pero sí que hagamos bien las cosas. Como hijos, como hija somos grandes admiradores de ella. Siempre está feliz recibiendo hijos, nietos, familiares. Ella ha sido una líder siempre. Ella no miró sólo su problema, vio que era de todas.”

La familia de la señora Noraliza es muy numerosa, así nos damos cuenta cuando la visitamos en su casa, hay mesas unidas que dan la sensación de estar siempre esperando a muchos comensales.

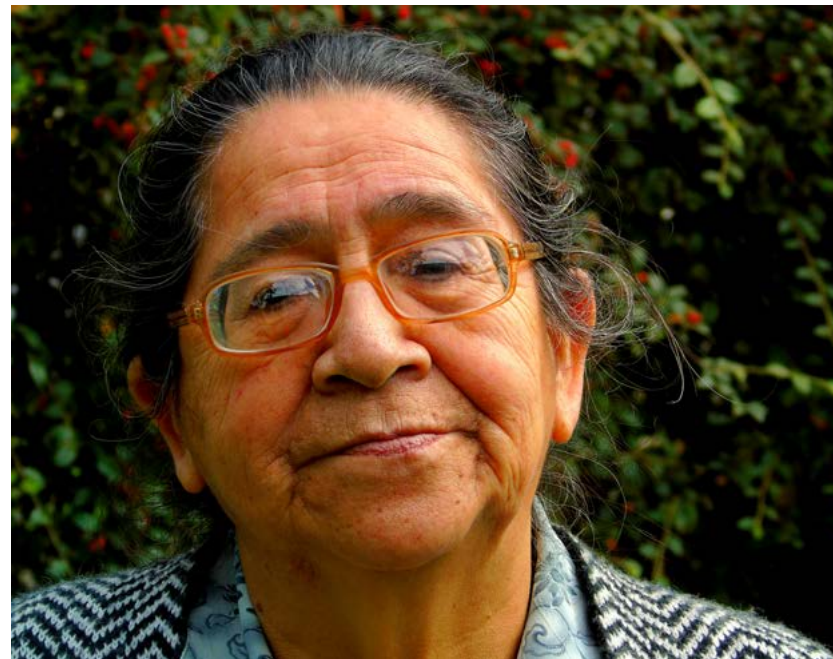
¿Qué mensaje dejaría a través de nosotras a las mujeres de hoy?

Que no se rindan, que salgan adelante, que la fe no se puede perder, que existe Dios. Que la fuerza y la alegría son para hacer cosas. No permitan amargarse. Y si pudiera volver el tiempo atrás, haría muchas más cosas, mejores cosas, porque sabría más, con más fuerza lo haría.



Noraliza Grandón Soto

En Puerto Octay, El Escudo, 6 de marzo, 2017.



Marina del Carmen Torres Torres

Mujer campesina

Mujer campesina tan noble tu labor en la tierra
Visionaria causa que no hacen falta palabras
Llevas en tu mano semillas de alegría
Y en tu esperanza es tu ejemplo de vida
Te levantas de madrugada a cocer el pan
Y tus hijos te llaman: “bendita madre mía”
Felices van a la campestre escuela
Llevando en sus mochilas sueños alados de ilusiones
Mujer campesina libre sueñas con la tierra
Esforzada vas surcando cada día cosas nuevas
Tejiendo mantas, medias, vestuarios de lana
Teñidas con cáscaras de palo y musgos de la naturaleza
Mujer luchadora por los tuyos hasta llegar al umbral
/del tiempo
Los vientos contrarios han salido, has sabido pasarlos
En tus manos están los frutos maduros
Mujer campesina tu identidad es gloriosa
Tejiendo historias alrededor del fuego como cimientos
Aunque sea invierno tu hermoso jardín te besa
Bebiendo tu miel y leche, producción de tus manos.

Bernardita Vargas

Marina del Carmen Torres Torres

Nacida en Rupanco, Piedras Negras:

Ahí está mi ombligo.

Señora Marina, hablemos de su niñez de su vida aquí, de su lucha, de la sobrevivencia y resistencia en este lugar.

Yo nací un ocho de noviembre del año mil novecientos cincuenta y nueve, arriba en Rupanco, Piedras Negras. Por desgracia soy hija de madre soltera, siento que desde que llegué a esta tierra, lo hice con la pata izquierda, nunca había dicho esto...

Marina suspira hondo...

Porque mi abuelo, Daniel Torres, era una persona muuuuy discriminadora. No sé cómo decirle. Desde que nací, o mejor dicho desde que ella se enamoró de un mapuche, quedó embarazada. No la podían ver, mi abuelo era tanta la pica que le tenía a mi papá, que cuando nací, me querían matar a mí poh. Me sacaban por una ventana en el día y me iban a dejar donde la señora, una señora que me crió de guagüita. Ahí empozó lo malo, siempre menospreciada, por los apellidos, y bueno al final tenía yo dieciocho años cuando conocí a mi papá, pero como le digo no era el indio ese de la pluma pará,

era el hombre, era como en el modo de mi hijo el César, pero más alto, más corpulento. En cambio Juan Lefian era chiquitito, pero el hijo era encachado. A mi papá lo conocí en Osorno, yo salí a los quince años a trabajar. Estuve en Valdivia en el estudio y volví a Rupanco a trabajar, ahí conocí a mi esposo, mi tesoro: Gabriel.

¿Hace cuántos años que lo conoció?

Uuuuuuu, harán unos cuarenta y cuatro años, y no fue un pololeo largo. A veces digo esos que pololean tanto. Dos o tres años, cuatro años o cinco años, que le ponen color. Nosotros no, fue de hola y listo. Me gustó su manera de ser, era cariñoso, se empezó a sacar los dientes en la posta, quedó casi sin ninguno por irme a ver...jejejeje y me ofreció en esos tantos casamientos, y yo le dije que no, y lo peor que era evangélico él, jejejeje, a mí no me gustaban los “canutitos”. Le dije que buscara a otra persona, no y no le dije, dos meses duró el pololeo. Y nos juntamos a vivir aquí en Rupanco. Tuvimos conviviendo un año y bueno, no fue después un tremendo casamiento, ahí “matamos la gallina”, jejejejeje como quien dice. Y gracias a Dios aquí todavía estamos en la lucha... Ya que él era socio de aquí, de la Cooperativa Rupanco, le entregaron su tierra, dos hectáreas para que hiciera su casa. Porque como era una cooperativa, los socios tocarían de cincuenta y cinco hectáreas, como era legalmente... Eso era para los socios, a todos les tocaba lo mismo. A solteros no, tenían que tener una cierta edad para cumplir con los requisitos, lo mismo era para trabajar.

Y de ahí empezamos a vivir, a apoyarnos de a poquito como quien dijera, no teníamos grandes riquezas, teníamos de a dos platos, cada uno tenía su plato su tasa, una tetera chica, en un tarrito de “nescafé” calentábamos más agüita cuando llegaba más gente... Yo cuando me casé me retiré de la posta donde trabajaba.

Me acuerdo que la ración era muy “guena” cuando éramos cooperados, la ración de trigo eran dieciocho sacos, la plata de una vaquilla, eran tiempos buenos esos... Ya después llegó el golpe de estado, les quitaron todo eso, los dejaron así no ma’.

Bueno cuando me casé, al año ya llegó el primer hijo, Víctor. Ahí vino después la Inés, Hayde, después viene el Huguito, el César, viene Gabriel, el Ignacio, y la Marina, y viene otro que me lo dejaron encargado cuando tenía seis meses, nunca más lo volvieron a buscar. Es mi hijo predilecto. Ahora está casado. Me ha dado dos nietos ya. Tengo cinco nietos. Todavía no tengo bisnietos

¿Y cómo fue esa vida de mujer y mamá?

Esto fue tener y tener hijos, se llevan entre año y medio casi, todos. Esto fue criar no más, no salir casi a ningún lado, viviendo apreturas. Hubo una ración de hambre casi para pagar las tierras, un quintal de harina, pero traíamos medio quintal y el otro lo traíamos en azúcar, sal, aceite, hasta donde alcanzaba lo que valía el otro medio quintal de harina. Y así pasábamos el mes.

Hay hartas cosas que me olvidó de esa época, es

como con las fechas de los nacimientos de mis hijos, pero hay cosas de las que no me olvido...

Eran hartos niños en ese tiempo, nos veíamos con la sogá al cuello, como se dice. Comenzaron en Cancura en el colegio, ahí primero. Fíjese que de un abrigo mío les hice ropa. Las chombas se las tejía yo, a palillos. Compraba lana azul y de la otra que yo hilaba, y así les hacía sus cosas. La ropa del más grande iba pal' más chico y así íbamos. Para sus cumpleaños unas buenas roscas y sopaipillas y listo. Pero una vez cuando les dije, "este año chicos no habrá cumpleaños", el César, el más "picunto", recuerdo que me fui a una clase de él a las dos de la tarde, y cuando volví habían echado un chanco al pozo, para así tener asado. Díganme la verdad: ¿Lo ahogaron ustedes? Me quedaron mirando asustados. Ya poh, límpiendolo para asarlo. hehehehehe gritaban. Así que hubo que celebrar no más. Y así siempre le tuvimos alguna cosita, no una gran cosa pero siempre unidos en familia. Hace poco no más celebramos uno, ya no entramos todos adentro de la casa, lo hicimos afuera.

Como le estaba contando, yo como mamá, era la que ponía las reglas a mis hijos. Fui bien estricta con ellos, a veces me arrepiento... Iban a estudiar les decía, a ser respetuosos, nada de andar con novias o novio les decía. Si lo hacen tendrán que ponerse a trabajar, al tiro, y no están más aquí. Así de simple. Quizás por el miedo a eso que terminaron su escuela, su liceo, y después esos cursos cortos que hicieron, preuniversitarios. Ya están casados con hijos.

Así crié a mis hijos. Estudiaron aquí en Rupanco, en Octay, en Osorno, en el Comercial, en la Mathei, todos trabajando por fuera.

Si alguna vez nos premiaron en la Hacienda, recibimos honores. Me acuerdo que uno de mis hijos recibió una beca pal' extranjero, a Holanda parece. Y eso que todos ganaban los mismo, pero algunos no les alcanzaba la plata pa educar a sus hijos. Y la pregunta era cómo la hacíamos nosotros que eran hartos. Hubo un acto con los gerentes me acuerdo, vino cualquier gente esa vez. Había un estrado grande y nosotros arriba, querían saber cómo lo hacíamos. Si hasta criar uno que no era nuestro, hasta el gerente nos decía "yo que soy gerente no puedo, a mí también se me aprieta el bolsillo", decía. Y así hartas preguntas le salían. Hay que trabajar harto no más yo le decía. Así fue que nos sacaron como ejemplo a lo largo de la Hacienda. Me acuerdo que me regalaron una caja de loza. Para mí fue una alegría grande ese día. Igual yo pensaba que era algo para mí. Y no poh, eran cosas pa' la casa. A mi marido le dieron un cheque.

Bueno yo me hacía platita cuando era tiempo de huerta. Los que más caros nos salieron fueron los que estudiaron en la Mathei. Harta plata. Bueno, Dios lo haría, pero lo hicimos.

¿Tuvo sus partos aquí en su casa?

Los tuve en el hospital, a veces alcanzaron a llegar, pero hubiera sido feliz teniéndolos aquí en mi casa. Los primeros ocuparon maternidad del hospital, los

otros llegaron casi afuera, a media carrera, a mitad de pasillo casi... Hartos días dolores. Me acuerdo de mi abuela cuando “parteaba”, en dos partos le fui ayudar: “cuando te venga el dolor, arróllate, encógete”. La mujer así lo hacía, de eso me acuerdo. Y cuando me venían los dolores, hacía eso. Y así llegaba ya lista pa’ que salga la criatura al hospital.

¿Y cómo era el regreso a casa con la guagüita en brazos, tenía alguien que le ayudaba?

Uffff, hay que ser firme cuando uno tiene chiquillos uno tras otro, por la ropa, antes una guardaba la ropita del mas grandecito pal’ que venía... Y una como mamá prefiere que los hijos coman bien, una se aguanta las flaquezas. Cuando llegó el momento que fueron a la escuela, la crianza de mis chicos lo tuvieron todo, materialmente nosotros no teníamos mucho, pero que a ellos no les faltara nada. Se trabajaba para tenerle sus cosas, sus estudios. Una como mamá se las aguanta. Me acuerdo que anduve con los zapatos con hoyos. Cuando iba a la iglesia, uno le ponía un cartoncito pa’ que no se notara tanto y seguía caminando. Y esa fue la vida para darles estudios y criarlos, y no tengan que andar mendigando a nadie. Y eso que era un solo hombre trabajando en la casa.

Por eso digo que va en la actitud de ser fuerte, siempre viviendo aquí mismo donde estoy y me ve, mi marido trabajando. ¿Sabe que llegábamos a sembrar hasta dieciocho sacos de papas? Y yo embarazada. Fíjese que un abril sacamos más de ciento ochenta sacos, y

en mayo llegó mi hijo. Yo sacaba papas, vendíamos, dejábamos pa’ la casa también. Y así todo el tiempo, trabajando bruscamente.

Hasta ahora que siento la flaqueza de mi cuerpo y los dolores. Todo lo que hemos pasado... Lo que hemos luchado en las buenas y en las malas y aquí seguimos... Cuando mis hijos ya eran grandes me vinieron a pegar.

Le hablo de ese tiempo, de cuando era Cabildo. Ellos, los que empiezan a comprar los derechos de las tierras a la gente pa’ que se vayan, a ofrecer platas. Y la gente como era “media media”, no sé cómo decirle... “toman un millón, dos millones...” Mi viejo nunca quiso vender, nunca, es un derecho y el fisco da una sola vez. Nosotros estamos aquí por eso. Nosotros no hemos vendido y no nos pueden sacar de ningún lado, está entregado un título de dominio. Pero ha sido una tremenda lucha. Y seguimos en eso.

Recuerdo el tiempo cuando me vinieron a pegar, estaba yo sola con la Marina y Juanito... ¡Ay! Me quiero acordar del año ese, el noventa y nueve parece. ¿Oye tú te acuerdas?

Le pregunta a una de sus hijas que nos acompañan en silencio, escuchando atentamente el relato de su madre.

A mi viejo siempre lo hostigaban. Él hacia oídos sordos, nunca ha sido alterado para nada. Él trabajaba allá. Ese día llegaron como ocho personas, estábamos tal como estamos hoy, yo con mi mami, estaba la tele

encendida, de pronto se apagó, fuimos a mirar, había un hombre encaramado en el poste, cortando la luz, mirando pa' cá, haciendo con el alicate que ya cortaba el otro cable. "Oiga no corte, yo pagué mi luz".

Iba todos los meses al día con eso. Siempre se ha hecho así.

¿Con que derecho vienen hacer esto?. Les dije. Esto no les pertenece. Esto es nuestro, nosotros instalamos los cables. Oiga entre a ver si esta casa es casa "apatroná". ¿Tienen Uds., idea de cuántos clavos tiene esta casa?

Era un gringo grande, muy parecido a uno que conozco, andaban el gerente, el de recursos humanos. La mayoría de esos andaba aquí ese día. Llegaron con prepotencia, diciendo "te venimos a cortar la luz, te estamos teniendo hartos años con luz".

Yo la pago. Les dije.

Miren si esta casa es construida por Uds. O es casa de nuestro esfuerzo, si hasta tablas de cerco hay aquí. Ustedes no han puesto un clavo. No me quedé callada, seguí alegando, cuando en eso sentí una bofetada que me tiro al suelo. Se quebraron mis lentes, me rajaron la polera, tenía sangre, no les temí, eran hartos, trabajadores como nosotros también andaban, incluso un compañero de colegio. Pobre "weòn" le dije. En lo que andas. Cuando te peguen a ti "la patá en el culo" verás que te irás sin nada.

Por eso una queda con la desconfianza, no sabe con quién está hablando.

Bueno, ahí me llevaron detenida. En la tarde cuando llega mi marido estaba todo a oscuras. Antes cuando me preguntaban, yo rompía en llanto, no podía casi

decir palabra. Han enviado a gente a hostigarme, hemos sabido que han pagado para eso. Con mucha honradez y mucho orgullo, de aquí no me sacan, por algo soy Millahuaique Lefiàn y Linai Tranaman, mi familia son de Rupanco. Aquí nadie me viene a contar lo contrario. Lucharon por sus tierras allá arriba, les quitaron un poco. Antes tenía miedo. Ahora no, desde que tuve la restauración más grande, cuando reconocí mi sangre. Si nos sacaran sangre, ellos son de Holanda. No sangre de aquí. Aquí conmigo es: Millahuaique Lefian y Linai Tranaman. Entonces ellos no tienen tierras aquí, más que la de sus bolsillos y la que traen en los pies. Las vi feas... Eran ocho, de eso me acuerdo. Me decían: "tu marido no tiene ningún derecho a estar aquí". Cómo que no tiene derecho, él tiene un título de dominio, le respondí. Ahí se enojaron mucho, tú no eres nada aquí, le dije al que me pegó. Además estas tierras fueron pagadas a precio de hambre, revisen mi casa si quieren... ¿Y por eso me pegan? Preguntaba. Vinieron los carabineros del retén de allá arriba a buscarme, estuve en la tenencia, eso fue grande... Hoy puedo conversar de esto, antes no podía. Me costó un mundo pa' sacarme esto de adentro. Me venía, como una nostalgia, pena, rabia.

Mis hijos llegaron ese día, como le estaba contando, me pillaron a oscuras, toda "ensangrentà". Mi hijo recién había salido del regimiento, de pura rabia golpeaba su bicicleta, "Ay, si los pillo". Decía.

Pasé un tiempo yendo de juzgado en juzgado, me citaban, ellos nunca llegaban a los comparendos, siempre mandaban a otros, decían que yo les había mal-

tratado. Recuerdo que me hacían muchas preguntas. Yo siempre fui. Después levantaron la demanda, los papeles dicen que se perdieron. Recuerdo que hice una carta con los nombres de los que me vinieron a golpear ese día, por ahí debo tenerla...

Me demandaron a mí, no ha mi marido. Siempre me han buscado. Por eso digo: parece que yo nací con la “pata izquierda” oiga.

Imagínese ahora que se hizo la mesa de salud acá en Octay, otra vez los tuve aquí... Porque planté una bandera mapuche afuera en mi patio, pero no preguntan por él. Llegan y dicen: “Llama a tu mamá”. Yo me pregunto, ¿será porque soy mapuche? ¿Y sigo luchando? Yo les he dicho siempre que seguiré luchando. Así mismo se lo hice saber al Gerente cuando vino nuevamente con otros más, por el asunto de la bandera. Llegaron enojados preguntando: ¿Oiga señora Marina, porque tiene esa bandera? ¿Están quitando tierras?

Bueno porque tienen miedo, les dije. ¿Ustedes no dicen que son los dueños? ¿Le tienen miedo a una bandera?

Yo puse mi bandera porque pertenezco a la mesa de salud, como le dije, y vemos todo el asunto de las plantas medicinales y como nos juntamos aquí, y para que vean las gentes que vienen de otro lado.

Lo que pasa con eso de mis plantas, mire, yo vengo con eso desde mi abuela. Ella nunca llegó a un hospital. Entonces yo veía que ella siempre estaba con sus yerbas, que esta pa’ esto, que esta pa’ lo otro y así. La salvia, el paico, la ruda. Y eso yo lo fui viendo. Lo único que no pude ver, fue el tejido a telar fíjese. Ella no que-

ría que yo tejiera mantas, tenía sus escondites. A los seis años yo ya tejía las medias. Decía que yo lo podía dejar muy apretado o muy suelto. Ella, mi abuela, era una de esas de las que yo “me tarreo”. Ella hacía mantas y después hacía apuestas. Pongan un balde con agua. Decía. Era tan apretado su tejido que el agua no pasaba. Así era ella, Luisa Linai Tranaman. Y yo con eso me crié, por eso sé.

Será por eso que desde ese día como que sentí mucho apoyo, como que sentí mi sangre Millahuaique está conmigo, tengo apoyo de abogados. Mi marido pareciera que no quiere justicia. Él dice estar tranquilo, porque tiene sus papeles de dominio.

Por eso le digo, cuando ellos van a los juzgados, hasta ahí no más llegan. Si la Jueza esa vez dio a favor mío. Aquí ellos cortaron la luz a toda la gente. Mis vecinos siguen asustados. Conmigo se han pasado. Me han hostigado, han hecho violación de morada. Ellos tendrían que pagar por esos daños. Pero mi marido no quiso. Todavía me hostigan, acaban de poner dos cámaras de vigilancia afuera. ¿Eso le parece poco? Ellos ven quién entra, quién sale. Menos mal que no ven cuántas veces voy al baño.

Fíjese que un día cuando me fui vestida con mi ropa mapuche, llegaban y pasaban las camionetas afuera.

Yo soy la que soy. Yo me visto y listo. Siempre lo diré así.

Lanza un suspiro y bebe un sorbo del mate que sostiene en sus dos manos.

Me arrepiento de no haber sido reconocida como Mi-lahuaique, eso fue como una desgracia. Yo di por Torres Torres, ahí está el error, creo yo.

Y bueno, así la gente se fue yendo, le fueron quitando sus tierras. Llegaban los carabineros y los militares, llegaban los camiones y los iban a tirar “pa’ juera”. Fueron a botar gente y sus familias a Osorno, a la plaza de Octay. Conmigo querían hacer eso mismo, según dicen tenían un camión listo pa’ eso. Me acuerdo de don Cornelio, de Chilico. Mi viejo sabe más de los nombres de los que fueron a botar... Los dejaban así no ma’. A la “guena e Dios”.

De esa vez le hablo, de cuando me vinieron a pegar y me llevaron detenida junto a mi hija, ocho años tenía. Mi marido andaba trabajando en los silos. Me vinieron a dejar después como a las cuatro de la mañana.

Antes había más gente aquí.

De a poco han ido achicando mi terreno, han querido plantar árboles. Pero como le digo, me buscan a mí. La Cooperativa existe. Aquí siguen juicios de por medio. Aquí el único título de dominio es el de mi terreno y el de los socios. Aquí el desarraigo con la tierra ha sido brutal. Ellos no dan trabajo a los hijos de los cooperados. Como una manera de manipulación, así quedan los abuelos solos y es más fácil para ellos. Eso lo han hecho siempre. La violencia psicológica y la participación de políticos y el dinero. Nosotros sabemos que eso compra conciencias. Y mientras hayan escrituras de por medio, esto no se puede trasgredir. Ellos son los que están mal. Pero si ese hombre que le digo, el Pon-ce Lerou, no le pagó a nadie, ese hombre sí que trajo

militares aquí, con decirle que casi pierdo un hijo, yo estaba embarazada. Unos seis meses tendría.

Dicen que encerraban a la gente en una bodega, disparaban... “Ahí cuántos cayeron.” Por eso tengo eso aquí “dentro”...

Y me señala el lado de su corazón...

Y se los he gritado en su cara cuando han venido a hostigarme a mi casa. Imagínese yo vivir con esto guardado tanto tiempo, eso fue terrible. Era tanta la vergüenza que sentía, llevando ese dolor en mi vida y la estima muy baja. Ahora dígame; ¿cómo iba yo a privar a mis hijos de esa maldad que vieron? ¿Cuando me abofetearon? Si con lo único que me defendí fue con un jarro con agua.

Si yo lo único que hacía era esperar a mi viejito cuando llegaba a almorzar, no salía a ninguna parte.

Una vez quise irme de aquí, era tanta la angustia que sentía, un día con “dos lukitas” me quería marchar así con lo puesto. Ahora entiendo a la gente cuando le entra la depresión que le llaman. Ese día esperé a que todos comieran, nadie sabía lo que me pasaba, yo amanecía “sentá” a veces. Me encerré en cuatro paredes. Pensando que vendrían de nuevo con todo ese ruido. Iba a dejar todo cerrado.

Aparece una pausa en este relato, la señora Marina, no logra contener las lágrimas y quienes estábamos ahí siendo testigos, dejamos que sus mejillas se fueran humedeciendo con el llanto espontáneo que

brotaba... Dejé que se repusiera y vaciara en ese instante quizás las primeras liberaciones de un dolor enquistado en el alma de una mujer que apenas conozco, pero que con su relato me conmueve. No hice otra cosa que mirar por la ventana de la cocina viendo caer la copiosa lluvia, que parecía unirse a sus lágrimas ahora vistas por quienes llegamos hoy.

Pero dígame usted, ¿adónde me iba? Yo no sabía.

En eso llega el padrecito a mi casa, no me recuerdo su nombre en este momento. Venía de la Administración con las monjitas y un tal Jaime que trabajaba en la mutual de Osorno. Le abrí la puerta.

¿Me das permiso? Venimos a orar contigo. Me dijo.

Le quedé mirando emocionada y le respondí. Pasen.

Ese día sentí la oración más profunda de mi vida.

“Que se abran las puertas del cielo y que esta casa se llene de bendiciones y salga eso que has pedido, que lluevan bendiciones aquí”.

Siempre recordaré esas palabras. Después de eso, una monjita me dijo, queremos tomar con café con usted, aquí trajimos algo.

Bueno, le dije. Calenté agua, vi que habían traído una caja con más cosas. Hasta medio quintal de harina trajeron. Fíjese que me olvidé lo que iba a hacer. Como que desperté, pero seguía conmigo esa vergüenza, de no volver hacer la de antes. Que mis hijos hayan visto eso que le hicieron a su madre. Que me hayan faltado el respeto de esa manera. Que mis vecinos hayan sabido también. Todo eso me avergonzaba.

Si mi vida era mi casa.

*Todo esto que le estoy contando lo llevè muuuuu-
chos años, muuuuuchos años, imagínese que todavía
sigo aquí. Pero ese dolor lo tenía como pegado y se
me ha ido quitando por mis “ñañitas”. He sentido más
liberación, me siento apoyada. Ya no me siento sola.
Hoy siento como que tengo más fuerzas. Ahora puedo
entender a la gente cuando la hostigan tanto, que sien-
ten ese dolor, toda esa amargura que pasan. Imagíne-
se que si la persona no tiene fuerzas, se quita la vida.
Ese “algo” está ahí como apretando... Yo no le contaba
a mis hijos, a mi marido, a nadie. Yo me lo guardé, no
quería dar más carga que la que ya teníamos.*

*Pertenecer a la Mesa de Salud, conocer a la ñaña
Rosita y Cristina, ha sido mi refugio, y eso hace unos
¿cuatro años serán? Ahora me siento más... No sé cómo
decirle. Ya no tengo esa sensación de salir arrancan-
do, ya no. Aunque sigo sintiendo que hay impunidad,
que me vigilan. No soy mujer que tenga dinero, sigo ha-
ciendo mi huerta, soy chilena, no ando con carabineros
al lado y digo: “muerta me sacaran de aquí”.*

*Hoy puedo entender la muerte, a los hostigadores,
ellos acaban con la vida y la paz de las personas, ha-
cen pura maldad.*

*¿Qué es la tierra para usted, este reconocimiento a
su kimün.? ¿Puede contarnos de eso?*

*Eso fue muy especial, de ahí que siento esa fuerza
que me anima y me levanta.*

*Es mi vida, soy nacida y criada aquí. No soy una
aparecida. No se puede sembrar en un florero. Criar*

animalitos. Eso lo da la tierra, ella lo da todo. Y con la ayuda de Dios uno tiene sus gallinitas, unos chanchitos.

La gente que ha salido de acá está atribulada, son muchos años pegados a la tierra. Les quitaron sus espacios.

Lo que más siento de todo esto es no llevar mi apellido mapuche, ese de mi sangre, de mi lucha. Me lo he querido cambiar pero imagínese, sería cambiar todo, toda la vida de mis hijos. Ya pasó mucho tiempo. Hartas cosas se ganarían y otras que ya no valen la pena.

Pero lucharé hasta que dios me de la vida, eso sí lo tengo claro.

¿Qué la hace luchar, resistir tanto hasta ahora?

Esta lucha es para mis hijos y mis nietos, para que ríen, jueguen, para que sigan con la tierra, que tengan la dicha de decir: esto lo tenemos por nuestros viejos. Yo soñé esto y le conté a mi marido, “venía un grupo de gente a cortar la luz porque mi marido no trabajaba con ellos, decían, y yo me veía alegando que no podían hacer eso...”. Mi marido me dijo esa vez: “son sueños no más”. Y mire usted, a los días así fue. Ni los cables ni esta casa está construida por ellos. Esto está por nosotros, primero fue una mediagua y después le fuimos haciendo agregados, por eso está así, con diferentes materiales.

Yo no saldré arrancando como el resto. No. Yo soy Rupanquina. Aquí moriré. Aquí está mi “tripa enterrá”. Mis abuelos están acá. ¿Por qué tendría que irme “des-

terrá” a otro lugar? Ésta es mi casa, que sigue igual como ustedes. la ven hoy.

Quiero dejar este testimonio, porque hoy me siento empoderada, hoy no tengo miedo. Después de esto que he contado, comprendo el dolor de las personas cuando sufren en silencio. Agradezco la oportunidad, hay gente que no se atreve a hablar. A mí ya no y lo digo a los cuatro vientos: “que se sepa la verdad”. Y si muero, Gloria a Dios, me voy feliz con mi consciencia limpia y tranquila. Ahora sé que tengo un pueblo grande que me apoya. Y bueno, algo que quede de mí aquí.



Marina del Carmen Torres Torres
En Rupanco, un día 27 de febrero del año 2017.

Acerca de la señora Marina del Carmen

La comunidad Kui Kui Huenu de Puente Alto de la comuna de Puerto Octay, los talleres de Chezugun son muy completos en sus contenidos, aunque debo mencionar que son muy cortos. Se les pasa de todo un poco y cuando llegamos al contenido de la medicina natural fue cuando consulté al curso en general si alguien tenía medicina, y Marina muy tímidamente dijo que ella en su huerta tenía algunas plantas medicinales. Ella es una cultora sin dudas. Yo le propuse un día de clases en su casa y a si podíamos conocer más plantas medicinales.

Ella accedió, fue un verano. Y ella nos mostró sus plantas. Plantamos un rewe, trajimos un canelo, hicimos una pequeña ceremonia. Para mí fue muy impresionante cuando me encontré con el huerto y la riqueza que en él había. Conversamos mucho de medicina y me di cuenta que la ñaña sabe mucho y tiene una gran riqueza espiritual, una riqueza viviente que mora en ella. Además es una mujer muy modesta al mencionar y decir que tenía unas pocas plantas. Ella también me contó que muchas de esas plantas son de su abuela, madre y familiares que ella se ha dedicado a trasplantar. Fue ahí cuando se me ocurrió traerla a la mesa de salud y presentarla junto a su hijo Cesar, quien es el presidente de la comunidad El Inka, en el cruce de Rupanco.

Cuando la trajimos al hospital y conversábamos con ella, nos dábamos cuenta lo sensible que se colocaba cada vez que hablaba de sus antepasados y lo honrada que se sentía de ser Mapuche. Cada vez que hablaba con ella, más de alguna lagrima brotaba por mis ojos. En ese tiempo yo era ejecutora de la mesa de salud y Cristina Asesora comunitaria, con quien me llevé muy bien desde el principio. Mi corazón la amo desde que la vi... Le propuse hacer una mesa de salud en casa de Marina, para llevar a las ñañas a conocer el huerto y ella accedió. Se me ocurrió una idea: colocar la bandera Mapuche donde se pueda ver. De la calle ella mencionó no hay problema, para que la gente se guíe y pueda reconocer su casa... Y así hemos hecho varias cosas ahí, sin saber lo que iba a provocar en la Compañía. Ese alboroto tan mediático, y seguir enterándonos de todo lo que ha provocado en ella además de compartir ese dolor que lleva...

Rosa Lilian Nahuelpan Delgado.
Facilitadora Intercultural
Unidad de Participación Social
Programa Salud y Pueblo Indígena

Sin memoria no hay reparación

Como mujer mapuche y profesional de Salud, durante todos los años y caminos andados en este revitalizar de la medicina ancestral mapuche junto a sus cultoras y cultores, escuchando los relatos de las sabias y sabios sobre sus experiencias y memorias, puedo profundizar en uno de los despojos más traumáticos de mi pueblo y su gente: el despojo de la tierra.

La tierra como elemento vivo y sagrado para el mapuche, representa el vínculo entre el “che” gente y el “monkulmapu” cosmos, desde el nacimiento, cuando al parir la madre y nacer el hijo, se siembra la placenta en la tierra y se arraiga el alma de este nuevo ser a la tierra y al universo, al territorio de origen y su “azmapu” o norma de vida, desde ese preciso momento, comenzamos a establecer las bases de nuestra integridad como seres humanos.

Cuando en nuestro pueblo se dice que la constitución del ser persona comienza con el “tuwun” tierra de origen, se re significa la importancia de la tierra y el territorio en los valores que desarrollaremos como seres humanos, valores como “kumeche”, buena persona, “newenche”, persona fuerte, “gulamche”, personas que aconseja, “kimunche”, persona de sabiduría. Todos estos atributos constituyen un ideal del ser “Mapuche”, gente de la tierra, un ideal que constituye identidad, pertenencia, normas, costumbres y tradiciones, herencia y “kumemogen”, buen vivir.

Por tanto, la peor transgresión para el mapuche es el desarraigo de éste con la tierra, una parte del alma se enferma, se pierde, se enfría, se debilita...

Muchas de nuestras abuelas y abuelos sienten un gran dolor en el alma, un dolor que han heredado y que a su vez transmiten a sus descendientes, por eso nuestro pueblo está enfermo, fragmentado y deprimido. Los “kuifi” ancianos que han sobrevivido a la invasión y al destierro, y que tienen el valor de transmitir su historia, nos muestran una realidad oculta de una falsa historia que durante años han escrito los usurpadores, invasores y extranjeros, una historia que al igual que nuestra gente, ha sido colonizada. Es tiempo de reconocer las verdaderas memorias de aquellas mujeres valerosas que han luchado por sobrevivir y que gracias a sus relatos muchas mujeres más podremos hacerlo.

Las determinantes sociales y estructurales de la población mapuche williche son aberrantes en el momento de hacer diagnósticos y perfiles epidemiológicos, las estadísticas dicen que es la población más empobrecida, en mayor riesgo social, con más inequidad, sobre todo en el ámbito laboral, educacional y de salud. La dispersión territorial, sumada al bajo nivel educacional disminuye la posibilidad de acceder a los servicios básicos. En el caso de la mujer mapuche la problemática es mayor, sufre triple discriminación; por ser mujer, de origen mapuche y perteneciente a la población de mayores índices de escasos recursos, a éstas se suman las brechas de género, existe un

machismo adquirido producto de la aculturación, la emigración forzada a la ciudad por el despojo, relega a la mujer mapuche a insertarse al mundo laboral productivo desde el ámbito del trabajo doméstico, comercio ambulante y actividad laboral no calificada.

Periódicamente atendemos mujeres de todas las edades con estas características, la mayoría con serios problemas de salud mental, depresión, angustia, baja autoestima, alcoholismo, entre otras. La mayoría de ellas comparten el factor común del desarraigo de sus tierras de origen y de sus costumbres.

En ellas se ha petrificado la historia de un territorio que ha sido devastado por la llegada de los invasores Españoles y posterior colonización alemana. Territorio en el cual se ha escrito que no existían habitantes antes de la llegada de los colonos alemanes, sin embargo la memoria oral dice otra cosa, y las consecuencias de esta realidad se refleja en la calidad de vida de aquellas y aquellos descendientes de los originarios mapuche williche de la cuenca del lago Llanquihue.

Mi reflexión sobre las memorias que se describen en este documento son las siguientes;

Como lo mencioné anteriormente, el desarraigo de la tierra de origen influye y perjudica la salud y buen vivir transgeneracionalmente de quienes lo han vivido y de sus familias

Visibilizar la memoria oculta siempre es una contribución para sanar el dolor heredado y tener mayor conciencia de los errores para no volver a cometerlos

Contribuir a recopilar la historia contada desde la oralidad simple y sencilla, es un acto de reivindicación de los derechos inalienables de los seres humanos, y sobretodo los derechos de los pueblos originarios.

Agradezco desde mi “piwque” el valor de cada una de las “ñañas” que accedieron a contar su historia en estas líneas, es un gran valor que dejarán en el territorio para generaciones venideras, a todas ellas “chaltumay” Gracias.

Cristina Arón Jerez
Trabajadora Social
Referente de Salud Intercultural
Hospital Pto. Octay
En Puerto Octay 20 de marzo de 2017.

Breve diccionario

Monkulmapu: Cosmos, Universo
Azmapu: se entiende como la norma de la tierra
Tuwun: Territorio de Origen
Kumeche: Buena persona
Newenche: Persona fuerte
Gulamche: Consejero, persona que da consejo.
Kimunche: Persona de conocimiento, persona que sabe.
Kumemogen: Buen vivir
Kuifi: Antiguos. De tiempo pasado
Williche: Gente del Sur
Piwke: Corazón
Chaltumay: Gracias

Consideraciones finales

Sin duda que este proyecto es un gran desafío para nosotras que como mujeres nos toca desde cerca visibilizar el rol que ha cumplido la mujer en esta sociedad, más aun, cuando esta mujer cumple roles como jefa de hogar, dirigente y además vive en la ruralidad. A lo largo de estos años ha sido bastante difícil el avance en materia de género y de reivindicación de derechos. Sin ir más allá, tenemos ciertos hitos que nos demuestra esto en la Historia Universal y como País. Así, hacemos mención de la muerte de 129 mujeres trabajadoras de una fábrica textil en Nueva York: luchaban por mejorar sus condicionales laborales y perdieron la vida en ello, convirtiéndose en las primeras mujeres trabajadoras mártires de la historia. También el derecho a voto, que no es sino a mediados del siglo XX —específicamente en el año 1934—, cuando se promulgó el voto femenino para las elecciones municipales, aunque solo se hizo efectivo en el año 1935. La presión femenina a través del movimiento feminista y las abogadas Elena Caffarena y Flor Heredia, lograron que en 1949 —después de una dura batalla y con apoyo de Gabriel González Videla—, se hiciera efectiva la aprobación del voto universal de todas las mujeres y en distintas Instancias.

Como ex autoridad comunal y después de recorrer las distintas localidades de Puerto Octay, me tocó ex-

perimentar de cerca el dolor de las mujeres. En las zonas más extrema de la comuna ver como luchan día a día por aportar a la sociedad y subsistir en ésta, y como el género femenino toma un rol preponderante en la toma de decisiones asumiendo protagonismo en la Dirigencia Social. Pero sin duda alguna que el Caso de las mujeres de la Ex Hacienda Ñuble Rupanco y/o ex Cooperativa, es un símbolo de lucha, de resistencia y tenacidad, testimonio vivo de la pérdida del miedo, del dolor, con un único objetivo: reivindicación de derechos en Plena Dictadura Militar.

Hasta ahora la historia siempre fue investigada y escrita por hombres, pero ¿qué pasaba con las mujeres de los ex socios de la cooperativa? ¿Qué pasaba en sus familias y cuál fue el Rol que les tocó vivir en el antes y el después de la intervención de la cooperativa? La importancia de la dirigencia social en las mujeres tiene un componente único, son comprometidas y pelean sin distinción hasta lograr sus objetivos, en este caso no exento de riesgos, incluso a perder la vida. En cada una de nuestras mujeres entrevistadas se visibiliza la huella del despojo y el desarraigo de la tierra, mutiladas de su entorno social, sin embargo, fueron ellas las que alzaron la voz ante las injusticias.

En el año 2009 fue mi primera vinculación directa con las mujeres de la ahora denominada “Manuka S.A”, específicamente con Ana Ortega, en el desalojo de su propia casa, aquella que habían construido con tanto esfuerzo junto a su esposo, donde habían cria-

do a sus hijos e hijas y formó su familia. Mi tía Hilda Paredes —que por ese entonces era la Presidenta de la Unión Comunal de Juntas de vecinos—, me señala que estaban desalojando a una familia de la hacienda Rupanco y me dice: “debemos estar presente para ayudar” y fuimos con Don Evaristo Díaz, Eliberto Turra y mi Padre Atanacio Álvarez, encontrándonos en el mismo lugar con el alcalde de ese entonces, Carlos Mancilla Solís. Era un día gris de mucha lluvia y frío. En pleno campo un bus de Fuerzas Especiales se aseguraba que “Todo Marchara Bien y se cumpliera con la ley”. ¡Imagínense! ¡Fuerzas especiales para dos adultos mayores que vivían Solos! ¿Me Preguntaba qué tipo de Estado era el que teníamos, cuál era la protección y garantías que le estábamos dando a nuestros adultos mayores cuando ahí mismo estaba a la vista la vulnerabilidad y fragilidad de ellos? Sentí la injusticia desde cerca y me decepcioné cuando vi que en este Estado el Derecho de propiedad de las Transnacionales (porque pueden pagar asesorías jurídicas para sus defensas y existe un estado garante con ellos) estaba por sobre los derechos nuestra gente. Mi tristeza fue inmensa cuando logré ver a Ana Ortega. En ella vi el rostro de mi madre —que tiene prácticamente la misma edad—, lloraba sin consuelo al ver que la desalojaban, le sacaban sus cosas para subirla al camión y su casa era completamente destruida por los hombres que fueron contratos para “sacar” la casa de ese lugar, destruyéndola con motosierra. Sin duda fue una de las cosas más brutales que me ha tocado ver y sentir. Luego de esto la gente de

Rupanco se organizó y hubo una gran manifestación en Osorno, había que poner en el “tapete” que en Rupanco se estaba maltratando a la gente, violando los derechos humanos fundamentales, aunque por esos días y por el poder económico imperante en la zona, hubo censura de algunos medios de prensa escrita y de radiodifusión local a la hora de informar. Después de lo sucedido y el horror que le había tocado pasar al matrimonio Vargas-Ortega, era necesario crear la mesa tripartita en la cual participaran los y las ex socios y socias de la Cooperativa, el parlamentario de la Zona Fidel Espinoza, hoy presidente de la Cámara de Diputados (en quien hoy la gente tiene puesta su esperanza de “hacer Justicia”) y quien suscribe. Tiempo después se suma El Gobierno (a través de la Gobernación de Osorno). Era necesario paralizar los desalojos y abrir la posibilidad de “pagar” la Deuda Histórica de Rupanco. Confieso que fue tremenda responsabilidad guiar la mesa junto a Paola Tejeda Rodríguez (hija de don Enrique Tejeda, dirigente y ex socio de la cooperativa) Desde aquel entonces conocí muchas historias, muchas mujeres, muchas abuelas. Conocí a Noralisa y Marina, grandes mujeres, proactivas y siempre en la defensa de su gente yendo de frente, sin decaer y siempre con la compañía de sus numerosas familias.

Noralisa por su parte, debió salir de Rupanco, pero ahí está con su esperanza intacta, con su fe inquebrantable y sin vacilar a la hora de emitir su opinión, lo que hace con fuerza, con convicción y con la experiencia de vida que esta misma se ha encargado

de enseñarle. A Marina la conocí mucho antes siendo apoderada y madre de un ex compañero del liceo, Ignacio. Siempre muy cariñosa, muy creyente en Dios y transmitiendo su alegría, sus ganas de vivir... “si la vida es muy linda” me dice. Mujer Mapuche Huilliche, cultivadora de la Tierra, de sus hierbas medicinales y de su cosmovisión Mapuche e integrante hasta el día de hoy de la Mesa de Salud de Pueblos Originarios en la comuna. En este transitar han pasado por estos lados muchos parlamentarios y presidentes de comisiones de la Cámara Baja, para conocer y ver in situ lo que sufre la gente al interior de la hacienda Manuka S.A de Rupanco, sin dar respuesta aun a la problemática que los aqueja y al dolor que vive la gente, al derecho de tener su propio espacio, a la devolución de sus tierra las cuales le fueron usurpadas. En definitiva a un lugar —en muchos casos— en donde vivir tranquilamente el resto de sus días. Hoy por hoy si bien es cierto se ha avanzado en el gobierno de la Presidenta Bachelet, hay catastro de la gente y se han dado los lineamientos básicos para responder a la Deuda Histórica, trabajo logrado de la mesa tripartita creada, se busca concientizar, visibilizar la vulneración de derechos y garantías que habían sido obtenidos en la reforma agraria con la Cooperativa, las desapariciones y prácticas anti sindicales y dirigenciales durante la Dictadura.

Hacer visible el sufrimiento desde las historias de “ellas”, que por primera vez se cuenta y tantas madres y abuelas tratan de mostrarle al mundo que ja-

más hay que rendirse cuando la demanda es legítima, a que no hay espacio para las injusticias, a que los principios y los valores son los que nos mueven mientras exista un soplo de vida y a pesar de las adversidades geográficas en este pedacito de tierra ubicado en la ruralidad y al sur de Chile. Finalmente es un llamado a viva voz a la protección de nuestros adultos mayores, al respeto de las mujeres y a avanzar en políticas públicas en las cuales exista reivindicación en temas de género y se les visibilice. Que el Estado tome un rol protagónico en la defensa de ellos y ellas y, en definitiva, que una transversalidad política se ejerza a la hora de velar por el bienestar y protección de las personas.

Patricia Alejandra Alvarez Paredes
Ex.Concejala. Ex Dirigenta Sindical

En Puerto Octay, 5 de Abril de 2017.

Campo de raíces firmes nos llena de frescura
han derribado algunos árboles pájaros extranjeros
Con esfuerzo los brotes han crecido
como las quilas y los robles.
Seguimos amando esta tierra,
defendiendo lo nuestro.

Bernardita Vargas

Definiciones anexas

La violencia estructural ha sido llamada violencia indirecta y en algunas ocasiones violencia institucional (Weigert, 2008) Se diferencia de la violencia directa pues va más allá de una manifestación física y psicológica, no queda remitida al plano interpersonal y además, no existe un causante claro o que sea posible de identificar. Según Rennie (1999), la violencia estructural es una forma más insidiosa e indirecta que la manifestación física y psicológica de la violencia, pues está integrada a la estructura de las instituciones sociales y culturales, negando a menudo a las personas sus derechos humanos básicos.

(Memoria: A propósito de la violencia: Reflexiones acerca del Concepto de Ignacio Alfredo Ramón Leyton Leyton y Francisca Inès Toledo Candia. Univ. de Chile. Facultad de Ciencias Sociales Escuela de Psicología)

Según el documento social: *Violencia y Sociedad*, el término violencia estructural remite a la existencia de un conflicto entre dos o más grupos de una sociedad (normalmente caracterizados en términos de género, etnia, clase, nacionalidad, edad u otros) en el que el reparto, acceso o posibilidad de uso de los recursos es resuelto sistemáticamente a favor de alguna de las partes y en perjuicio de las demás, debido a los mecanismos de estratificación social. La utilidad del término violencia estructural radica en el reconocimiento

de la existencia de conflicto en el uso de los recursos materiales y sociales y como tal, es útil para entender y relacionarlo con manifestaciones de violencia directa (cuando alguno de los grupos quiere cambiar o reforzar su posición en la situación conflictiva por la vía de la fuerza) o de violencia cultural.

José María Tortosa Blasco, Daniel La Parra-Casado. ISSN 0417-8106, N° 131, 2003

Bibliografía

- 1.- *Cooperativa de Reforma Agraria Asignataria. Rupancho Ltda: Una Historia Oral. Entrega, Consolidación y Disolución. 1970-1977.* (Tesis de Verónica del Pilar Angulo Andrade para optar al grado de Licenciatura en Historia Mención Estudios Culturales 2010)
- 2.- *Las Voces del Lago. Memoria e Historia del Sector Cordillerano del Lago Rupancho. El Poncho, Gaviotas, Las Vegas.* (Autores: Paz Neira, Josefa Reyes, Samuel Linker. (Dic. 2015)
- 3.- *Unidad y Violencia de Género. Una Temática Pendiente.* (Cieg. Centro Interdisciplinario de Estudio de Género Facultad Ciencias Sociales Universidad de Chile)
- 4.- *Herramientas para abordar la violencia contra las mujeres.* Manual de Capacitación elaborado por el Servicio Nacional de la Mujer. Unidad en Violencia contra las Mujeres. Reg. Prop. Int: 258947. 2015.-
- 5.- *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos.* Julieta Kirkwood (2017)
- 6.- *A propósito de violencia: reflexiones acerca del concepto* (Memoria de Ignacio Alfredo Ramón Leyton Leyton y Francisca Inés Toledo Candia. Univ. De Ciencias Sociales. Esc. Psicología)



Casa típica al interior de la Ex Hacienda Rupanco